MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES

Much Ado About Nothing



WILLIAM SHAKESPEARE

Comedia en cinco actos

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *Much Ado About Nothing*: los cinco actos y las diecisiete escenas, sin resúmenes ni añadidos. El texto base es la edición en inglés de Project Gutenberg (eBook n.º 1519), de dominio público; la traducción al español es un trabajo nuevo.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica: sin «vosotros» ni giros propios de España. Se usa «usted» para el trato respetuoso y «tú» entre amigos, familiares, enamorados y cuando alguien trata con desprecio o con confianza a otro.

Se conservó la forma del original. Los versos están en líneas separadas (con sangría); la prosa, en párrafos. Las acotaciones escénicas, que aparecen en cursiva, también están traducidas. Los nombres propios se adaptaron a su forma española habitual: Beatriz, Benedicto, Margarita, Baltasar, Úrsula, Conrado; «Dogberry» y «Verges» se dejaron como en el original.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic. Como toda traducción de Shakespeare, hay juegos de palabras que no pasan de un idioma a otro; los principales se explican en las «Notas de la traducción» al final. Si quiere compararla con una edición impresa, conviene recordar que las traducciones publicadas difieren entre sí.

Personajes

DON PEDRO, príncipe de Aragón.
DON JUAN, su hermano bastardo.
CLAUDIO, joven señor de Florencia.
BENEDICTO, joven señor de Padua.
LEONATO, gobernador de Mesina.
ANTONIO, su hermano.
BALTASAR, criado de Don Pedro.
BORACHIO, seguidor de Don Juan.
CONRADO, seguidor de Don Juan.
DOGBERRY, alguacil (constable).
VERGES, ayudante de alguacil (headborough).
FRAY FRANCISCO.
UN SACRISTÁN.
UN MUCHACHO.
HERO, hija de Leonato.
BEATRIZ, sobrina de Leonato.
MARGARITA, dama de compañía de Hero.
ÚRSULA, dama de compañía de Hero.
Mensajeros, Ronda (guardias), Acompañantes, etc.

ESCENA: Mesina.

Índice

ACTO PRIMERO **6**

ESCENA I. Ante la casa de Leonato. 6

ESCENA II. Una sala en la casa de Leonato. 21

ESCENA III. Otra sala en la casa de Leonato. 22

ACTO SEGUNDO **27**

ESCENA I. Un salón en la casa de Leonato. 27

ESCENA II. Otra sala en la casa de Leonato. 45

ESCENA III. El jardín de Leonato. 48

ACTO TERCERO **61**

ESCENA I. El jardín de Leonato. 61

ESCENA II. Una sala en la casa de Leonato. 66

ESCENA III. Una calle. 73

ESCENA IV. Una sala en la casa de Leonato. 82

ESCENA V. Otra sala en la casa de Leonato. 87

ACTO CUARTO **91**

ESCENA I. El interior de una iglesia. 91

ESCENA II. Una cárcel. 108

ACTO QUINTO **113**

ESCENA I. Frente a la casa de Leonato. 113
ESCENA II. El jardín de Leonato. 131
ESCENA III. El interior de una iglesia. 135
ESCENA IV. Una sala en casa de Leonato. 137

Notas de la traducción **146**

ACTO PRIMERO

ESCENA I. Ante la casa de Leonato.

Entran Leonato, Hero, Beatriz y otros, con un Mensajero.

LEONATO
Me entero por esta carta de que don Pedro de Aragón llega esta noche a Mesina.

MENSAJERO
Ya está muy cerca: no estaba a más de tres leguas cuando lo dejé.

LEONATO
¿Cuántos caballeros han perdido en esta campaña?

MENSAJERO
Pocos de cualquier clase, y ninguno de renombre.

LEONATO
Una victoria vale el doble cuando el vencedor regresa con todos sus hombres. Veo aquí que don Pedro ha concedido grandes honores a un joven florentino llamado Claudio.

MENSAJERO
Bien merecidos de su parte, y bien recordados por don Pedro. Se ha comportado más allá de lo que prometía su edad: ha hecho, con figura de cordero, las hazañas de un león; en verdad ha superado de tal modo las expectativas que no debe esperar usted que yo le diga cómo.

LEONATO
Tiene un tío aquí en Mesina que se alegrará mucho de saberlo.

MENSAJERO
Ya le he entregado cartas, y se ve en él gran alegría; tanta, que la alegría no pudo mostrarse con suficiente modestia sin una insignia de amargura.

LEONATO
¿Rompió en llanto?

MENSAJERO
En gran medida.

LEONATO
Un amable desborde de cariño. No hay rostros más sinceros que los así lavados. ¡Cuánto mejor es llorar de alegría que alegrarse de llorar!

BEATRIZ
Le ruego, ¿ha vuelto ya de la guerra el señor Montante, o no?

MENSAJERO
No conozco a nadie con ese nombre, señora: no había ninguno así en el ejército, de ningún rango.

LEONATO
¿A quién buscas, sobrina?

HERO
Mi prima se refiere al señor Benedicto de Padua.

MENSAJERO
¡Oh! Ha vuelto, y tan alegre como siempre.

BEATRIZ
Puso aquí en Mesina carteles y desafió a Cupido a un certamen de tiro de largo alcance; y el bufón de mi tío, al leer el desafío, se inscribió por Cupido y lo retó con la flecha de pajarero. Le ruego, ¿a cuántos ha matado y comido en esta guerra? Digo, ¿a cuántos ha matado? Porque, en verdad, yo prometí comerme todo lo que él matara.

LEONATO
En verdad, sobrina, eres demasiado dura con el señor Benedicto; pero él sabrá darte tu merecido, no lo dudo.

MENSAJERO
Ha prestado buenos servicios, señora, en esta guerra.

BEATRIZ
Ustedes tenían provisiones enmohecidas, y él ayudó a comérselas; es un comilón muy valiente; tiene un estómago excelente.

MENSAJERO
Y también es un buen soldado, señora.

BEATRIZ
Y un buen soldado para una dama; pero ¿qué es para un señor?

MENSAJERO
Un señor para un señor, un hombre para un hombre; relleno de todas las virtudes honorables.

BEATRIZ
Así es; no es menos que un hombre relleno; pero en cuanto al relleno… en fin, todos somos mortales.

LEONATO
No debe usted, señor, malinterpretar a mi sobrina. Hay una especie de guerra alegre entre el señor Benedicto y ella; nunca se encuentran sin que haya una escaramuza de ingenio entre ellos.

BEATRIZ
¡Ay! Él no gana nada con eso. En nuestro último combate cuatro de sus cinco sentidos salieron cojeando, y ahora todo el hombre se gobierna con uno solo; de modo que si le queda ingenio suficiente para abrigarse, que lo lleve como señal de diferencia entre él y su caballo; porque es toda la riqueza que le queda para ser reconocido como criatura razonable. ¿Quién es ahora su compañero? Cada mes tiene un nuevo hermano jurado.

MENSAJERO
¿Es posible?

BEATRIZ
Muy fácilmente posible: lleva su fe como la moda de su sombrero; siempre cambia con la siguiente horma.

MENSAJERO
Veo, señora, que ese caballero no figura en sus libros.

BEATRIZ
No; y si figurara, quemaría mi biblioteca. Pero le ruego, ¿quién es su compañero? ¿No hay ahora algún joven pendenciero que quiera hacer con él el viaje al diablo?

MENSAJERO
Está sobre todo en compañía del muy noble Claudio.

BEATRIZ
¡Ay, Señor! Se le pegará como una enfermedad: se contagia más pronto que la peste, y el contagiado enloquece de inmediato. ¡Dios ayude al noble Claudio! Si ha pescado el Benedicto, le costará mil libras curarse.

MENSAJERO
Quiero seguir en buenos términos con usted, señora.

BEATRIZ
Hágalo, buen amigo.

LEONATO
Tú nunca te volverás loca, sobrina.

BEATRIZ
No, hasta un enero caluroso.

MENSAJERO
Don Pedro se acerca.

Entran Don Pedro, Don Juan, Claudio, Benedicto, Baltasar y otros.

DON PEDRO
Buen señor Leonato, ha venido usted al encuentro de su molestia: la costumbre del mundo es evitar el gasto, y usted sale a su encuentro.

LEONATO
Jamás entró la molestia en mi casa con la apariencia de Su Alteza; pues, yéndose la molestia, debería quedar el consuelo; pero cuando usted se aparta de mí, la tristeza permanece y la felicidad se despide.

DON PEDRO
Acepta usted su carga con demasiado gusto. Creo que esta es su hija.

LEONATO
Su madre me lo ha dicho muchas veces.

BENEDICTO
¿Tenía usted dudas, señor, para habérselo preguntado a ella?

LEONATO
Señor Benedicto, no; pues entonces usted era un niño.

DON PEDRO
Le ha dado de lleno, Benedicto: por esto podemos adivinar lo que usted es, siendo hombre. En verdad la dama deja ver a su padre en sí misma. Sea feliz, señora, pues se parece a un honorable padre.

BENEDICTO
Si el señor Leonato es su padre, no querría ella tener su cabeza sobre los hombros por toda Mesina, aun siendo tan parecida a él.

BEATRIZ
Me asombra que siga usted hablando, señor Benedicto: nadie le hace caso.

BENEDICTO
¡Cómo! Mi querida Señora Desdén, ¿aún vive usted?

BEATRIZ
¿Es posible que muera el Desdén mientras tenga un alimento tan adecuado como el señor Benedicto? La cortesía misma tiene que convertirse en desdén si usted entra en su presencia.

BENEDICTO
Entonces la cortesía es una veleta. Pero es cierto que todas las damas me quieren, salvo usted; y ojalá pudiera encontrar en mi corazón no tener un corazón duro; porque, a decir verdad, yo no amo a ninguna.

BEATRIZ
Una gran dicha para las mujeres: de lo contrario las habría atormentado un pretendiente pernicioso. Doy gracias a Dios y a mi sangre fría: en eso soy de su humor. Prefiero oír a mi perro ladrar a un cuervo que a un hombre jurar que me ama.

BENEDICTO
Que Dios conserve a Su Señoría siempre en esa opinión; así algún caballero se librará de una cara arañada, predestinada.

BEATRIZ
Los arañazos no podrían empeorarla, si fuera una cara como la suya.

BENEDICTO
Bueno, es usted una rara maestra de loros.

BEATRIZ
Un pájaro de mi lengua vale más que una bestia de la suya.

BENEDICTO
Ojalá mi caballo tuviera la rapidez de su lengua, y tan buen aguante. Pero siga su camino, en nombre de Dios; yo he terminado.

BEATRIZ
Siempre termina con una treta de rocín: lo conozco desde hace tiempo.

DON PEDRO
Eso es lo esencial, Leonato: señor Claudio y señor Benedicto, mi querido amigo Leonato los ha invitado a todos. Le digo que nos quedaremos aquí por lo menos un mes, y él ruega de corazón que alguna ocasión nos retenga más tiempo: me atrevo a jurar que no es hipócrita, sino que lo pide desde el corazón.

LEONATO
Si usted jura, mi señor, no jurará en falso. *[A Don Juan]* Permítame darle la bienvenida, mi señor: estando reconciliado con el Príncipe su hermano, le debo todo respeto.

DON JUAN
Se lo agradezco: no soy de muchas palabras, pero se lo agradezco.

LEONATO
¿Le place a Su Alteza pasar adelante?

DON PEDRO
Su mano, Leonato; iremos juntos.

[Salen todos, excepto Benedicto y Claudio.]

CLAUDIO
Benedicto, ¿te fijaste en la hija del señor Leonato?

BENEDICTO
No me fijé en ella, pero la miré.

CLAUDIO
¿No es una joven dama modesta?

BENEDICTO
¿Me lo preguntas, como debe hacerlo un hombre honesto, para conocer mi sencillo y verdadero juicio, o quieres que hable según mi costumbre, como declarado tirano de su sexo?

CLAUDIO
No; te ruego que hables con juicio sereno.

BENEDICTO
Pues, a fe mía, me parece demasiado baja para un gran elogio, demasiado morena para un elogio de belleza y demasiado pequeña para un elogio mayor; el único elogio que puedo concederle es que, si fuera distinta de lo que es, sería fea, y siendo como es, no me gusta.

CLAUDIO
Piensas que bromeo: te ruego que me digas con verdad cómo te parece.

BENEDICTO
¿Quieres comprarla, que preguntas tanto por ella?

CLAUDIO
¿Puede el mundo comprar una joya así?

BENEDICTO
Sí, y también un estuche para guardarla. Pero ¿hablas esto con semblante serio, o haces de burlón para decirnos que Cupido es buen rastreador de liebres y Vulcano un excelente carpintero? Vamos, ¿en qué tono debe uno tomarte para entrar en la canción?

CLAUDIO
A mis ojos es la dama más dulce que jamás haya visto.

BENEDICTO
Yo todavía veo sin anteojos y no veo tal cosa: ahí está su prima que, si no estuviera poseída por una furia, la supera en belleza tanto como el primero de mayo al último de diciembre. Pero espero que no tengas intención de hacerte marido, ¿verdad?

CLAUDIO
Apenas confiaría en mí mismo, aunque hubiera jurado lo contrario, si Hero quisiera ser mi esposa.

BENEDICTO
¿Se ha llegado a esto, de veras? ¿No queda en el mundo un solo hombre que no lleve el sombrero con sospecha? ¿No volveré a ver a un soltero de sesenta años? ¡Vamos, vamos, a fe mía! Si te empeñas en meter el cuello bajo un yugo, llevarás su marca y suspirarás los domingos enteros.

Vuelve a entrar Don Pedro.

¡Mira! Don Pedro ha vuelto a buscarte.

DON PEDRO
¿Qué secreto los ha retenido aquí, que no siguieron a casa de Leonato?

BENEDICTO
Quisiera que Su Alteza me obligara a decirlo.

DON PEDRO
Te lo ordeno por tu lealtad.

BENEDICTO
Oiga, conde Claudio: puedo ser tan callado como un mudo; quiero que lo crea; pero por mi lealtad, fíjese bien, por mi lealtad: está enamorado. ¿De quién? Eso le toca a Su Alteza. Note qué corta es su respuesta: de Hero, la corta hija de Leonato.

CLAUDIO
Si esto fuera así, así habría sido dicho.

BENEDICTO
Como el viejo cuento, mi señor: «no es así, ni fue así; pero, en verdad, Dios no quiera que sea así».

CLAUDIO
Si mi pasión no cambia pronto, Dios no quiera que sea de otro modo.

DON PEDRO
Amén, si la amas; pues la dama lo merece mucho.

CLAUDIO
Dices esto para atraparme, mi señor.

DON PEDRO
Por mi fe, digo lo que pienso.

CLAUDIO
Y en verdad, mi señor, yo dije lo mío.

BENEDICTO
Y por mis dos fes y palabras, mi señor, yo dije lo mío.

CLAUDIO
Que la amo, lo siento.

DON PEDRO
Que ella lo merece, lo sé.

BENEDICTO
Que yo ni siento cómo debería ser amada, ni sé cómo podría ser digna, es una opinión que el fuego no podría arrancarme: moriré en ella en la hoguera.

DON PEDRO
Siempre fuiste un hereje obstinado en el desprecio de la belleza.

CLAUDIO
Y nunca pudo sostener su postura sino por la fuerza de su voluntad.

BENEDICTO
Que una mujer me concibió, se lo agradezco; que me crió, también le doy mis más humildes gracias; pero que yo deje tocar una llamada de caza en mi frente, o cuelgue mi cuerno en un talabarte invisible, eso todas las mujeres tendrán que perdonármelo. Para no hacerles el agravio de desconfiar de ninguna, me haré a mí mismo el favor de no fiarme de ninguna; y el resumen es —por lo cual podré vestir mejor— que viviré soltero.

DON PEDRO
Antes de morir te veré pálido de amor.

BENEDICTO
De rabia, de enfermedad o de hambre, mi señor; de amor no: si se prueba que alguna vez pierdo más sangre por amor de la que recobre bebiendo, que me saquen los ojos con la pluma de un coplero y me cuelguen a la puerta de un burdel como el letrero del ciego Cupido.

DON PEDRO
Bien, si alguna vez caes de esta fe, serás un ejemplo notable.

BENEDICTO
Si lo hago, cuélgame en una botella como a un gato y tírame flechas; y al que me acierte, que le den una palmada en el hombro y lo llamen Adán.

DON PEDRO
Bien, ya lo probará el tiempo: «Con el tiempo el toro salvaje soporta el yugo».

BENEDICTO
El toro salvaje podrá; pero si alguna vez lo soporta el sensato Benedicto, arránquenle los cuernos al toro y pónganmelos en la frente; y que me pinten de manera infame, y con las grandes letras con que escriben «Aquí hay buen caballo de alquiler», que bajo mi retrato escriban «Aquí pueden ver a Benedicto, el hombre casado».

CLAUDIO
Si esto llegara a ocurrir, enloquecerías de cuernos.

DON PEDRO
Vaya, si Cupido no ha gastado toda su aljaba en Venecia, pronto temblarás por esto.

BENEDICTO
Entonces espero también un terremoto.

DON PEDRO
Bien, ya cederás con las horas. Mientras tanto, buen señor Benedicto, vaya a casa de Leonato: salúdelo de mi parte y dígale que no le faltaré a la cena; pues en verdad ha hecho grandes preparativos.

BENEDICTO
Casi tengo materia suficiente en mí para tal embajada; y así los encomiendo…

CLAUDIO
A la tutela de Dios: desde mi casa, si la tuviera…

DON PEDRO
El seis de julio: su cariñoso amigo, Benedicto.

BENEDICTO
No, no se burlen, no se burlen. El cuerpo de su discurso a veces está guarnecido con retazos, y las guarniciones apenas están hilvanadas: antes de burlarse más de las frases viejas, examinen su conciencia; y con esto los dejo.

[Sale.]

CLAUDIO
Mi señor, ahora Su Alteza puede hacerme un bien.

DON PEDRO
Mi cariño es tuyo para enseñarlo: enséñalo solo cómo,
y verás qué dispuesto está a aprender
cualquier lección dura que pueda hacerte bien.

CLAUDIO
¿Tiene Leonato algún hijo, mi señor?

DON PEDRO
Ningún hijo salvo Hero; ella es su única heredera.
¿La quieres, Claudio?

CLAUDIO

¡Oh, mi señor!
Cuando usted partió hacia esta campaña ya concluida,
la miré con ojos de soldado,
que la apreciaron, pero tenían entre manos una tarea más ruda
que llevar el aprecio hasta el nombre de amor;
pero ahora he vuelto, y como los pensamientos de guerra
han dejado sus lugares vacíos, en sus estancias
acuden en tropel deseos suaves y delicados,
que me van diciendo cuán bella es la joven Hero,
y que ya la apreciaba antes de partir a la guerra.

DON PEDRO

Pronto serás como un enamorado
y cansarás al oyente con un libro de palabras.
Si amas a la bella Hero, cuídalo,
y yo hablaré con ella y con su padre,
y la tendrás. ¿No fue con este fin
que empezaste a hilar tan fina historia?

CLAUDIO

¡Con qué dulzura asiste usted al amor,
que conoce la pena del amor por su semblante!
Pero por temor a que mi afecto pareciera muy repentino,
quise curarlo con un tratado más largo.

DON PEDRO

¿Para qué necesita el puente ser más ancho que el río?
La mejor concesión es la necesidad.
Mira: lo que sirve es lo adecuado; basta con que ames,
y yo te daré el remedio.
Sé que habrá fiesta esta noche:
asumiré tu papel con algún disfraz
y diré a la bella Hero que soy Claudio;
y en su pecho desabrocharé mi corazón,
y tomaré prisionero su oído con la fuerza
y el fuerte embate de mi relato amoroso:
luego hablaré con su padre;
y la conclusión es que será tuya.
Pongámoslo en práctica ahora mismo.

[Salen.]

ESCENA II. Una sala en la casa de Leonato.

Entran Leonato y Antonio, encontrándose.

LEONATO

¿Qué hay, hermano? ¿Dónde está mi sobrino, tu hijo? ¿Ha preparado esta música?

ANTONIO

Está muy ocupado en ello. Pero, hermano, puedo contarte una noticia extraña con la que todavía no has soñado.

LEONATO

¿Son buenas?

ANTONIO
Según las selle el desenlace: pero tienen buena cubierta; lucen bien por fuera. El Príncipe y el conde Claudio, paseando por una alameda de ramas entrelazadas en mi huerto, fueron escuchados en esto por un criado mío: el Príncipe reveló a Claudio que amaba a mi sobrina, tu hija, y pensaba declararlo esta noche en un baile; y si la encontraba conforme, pensaba agarrar la ocasión por el copete y hablar de inmediato contigo del asunto.

LEONATO
¿Tiene seso el tipo que te contó esto?

ANTONIO
Un buen mozo, despierto: mandaré llamarlo; y pregúntale tú mismo.

LEONATO
No, no; lo tendremos por un sueño hasta que se muestre por sí solo: pero informaré de ello a mi hija, para que esté mejor preparada para una respuesta, si acaso esto fuera verdad. Ve tú y cuéntaselo.

[Cruzan el escenario varias personas.]

Parientes, ya saben lo que tienen que hacer. ¡Oh! Perdón, amigo; ven conmigo y haré uso de tu habilidad. Buen pariente, ten cuidado en este tiempo de tanto trajín.

[Salen.]

ESCENA III. Otra sala en la casa de Leonato.

Entran Don Juan y Conrado.

CONRADO
¿Qué demonios, mi señor? ¿Por qué está tan desmedidamente triste?

DON JUAN
No hay medida en la causa que la engendra; por eso la tristeza no tiene límite.

CONRADO
Debería escuchar a la razón.

DON JUAN
Y cuando la haya escuchado, ¿qué bendiciones trae?

CONRADO
Si no un remedio inmediato, al menos una paciente tolerancia.

DON JUAN
Me asombra que tú (siendo, como dices, nacido bajo Saturno) pretendas aplicar una medicina moral a un mal mortificante. No puedo ocultar lo que soy: debo estar triste cuando tengo motivo y no sonreír a las bromas de nadie; comer cuando tengo apetito y no esperar la comodidad de nadie; dormir cuando tengo sueño y no atender los asuntos de nadie; reír cuando estoy alegre y no adular a nadie en su humor.

CONRADO
Sí; pero no debe mostrarlo del todo hasta que pueda hacerlo sin trabas. Hace poco se alzó contra su hermano, y él lo ha recibido de nuevo en su gracia; donde es imposible que eche raíces verdaderas sino con el buen tiempo que usted mismo cree: es necesario que disponga la estación para su propia cosecha.

DON JUAN
Prefiero ser un escaramujo en un seto que una rosa en su gracia; y le conviene más a mi sangre ser despreciado por todos que fabricar un porte para robar el cariño de alguien: en esto, aunque no pueda decirse de mí que sea un hombre honesto y adulador, no se puede negar que soy un canalla franco. Me confían con un bozal y me dan libertad con un cepo; por eso he decidido no cantar en mi jaula. Si tuviera mi boca, mordería; si tuviera mi libertad, haría lo que me place: mientras tanto, déjame ser lo que soy y no busques cambiarme.

CONRADO
¿No puede sacar provecho de su descontento?

DON JUAN
Le saco todo el provecho, porque solo uso eso. ¿Quién viene?

Entra Borachio.

¿Qué noticias, Borachio?

BORACHIO
Vengo de allá, de una gran cena: el Príncipe, su hermano, es agasajado regiamente por Leonato; y puedo darle noticia de un matrimonio proyectado.

DON JUAN
¿Servirá de modelo para construir sobre él alguna maldad? ¿Qué clase de tonto es el que se compromete con la inquietud?

BORACHIO
Pues bien, es la mano derecha de su hermano.

DON JUAN
¿Quién? ¿El exquisitísimo Claudio?

BORACHIO
El mismo.

DON JUAN
¡Todo un buen escudero! ¿Y quién, y quién? ¿Hacia dónde mira?

BORACHIO
Pues, hacia Hero, la hija y heredera de Leonato.

DON JUAN
¡Un pollito de marzo muy adelantado! ¿Cómo te enteraste de esto?

BORACHIO
Contratado como perfumista, mientras yo ahumaba una sala enmohecida, vienen el Príncipe y Claudio, de la mano, en seria conversación: me escondí de un salto detrás del tapiz, y allí oí acordar que el Príncipe cortejaría a Hero para sí mismo y, habiéndola obtenido, se la daría al conde Claudio.

DON JUAN
Vamos, vamos; vayamos allá: esto puede alimentar mi disgusto. Ese joven advenedizo se lleva toda la gloria de mi derrota: si puedo contrariarlo de cualquier modo, me bendeciré de todos modos. ¿Los dos son leales y me ayudarán?

CONRADO
Hasta la muerte, mi señor.

DON JUAN

Vamos a la gran cena: su alegría es mayor porque yo estoy sometido. ¡Ojalá el cocinero pensara como yo! ¿Vamos a ver qué se puede hacer?

BORACHIO

Seguiremos a Su Señoría.

[Salen.]

ACTO SEGUNDO

ESCENA I. Un salón en la casa de Leonato.

Entran Leonato, Antonio, Hero, Beatriz y otros.

LEONATO
¿No estuvo aquí el conde Juan en la cena?

ANTONIO
No lo vi.

BEATRIZ
¡Qué agrio luce ese caballero! Nunca puedo verlo sin quedarme con acidez una hora después.

HERO
Es de disposición muy melancólica.

BEATRIZ
Sería un hombre excelente el que fuera hecho justo a medio camino entre él y Benedicto: el uno se parece demasiado a una estatua y no dice nada; y el otro, demasiado al hijo mayor de una señora, siempre parloteando.

LEONATO
Entonces, la mitad de la lengua del señor Benedicto en la boca del conde Juan, y la mitad de la melancolía del conde Juan en la cara del señor Benedicto…

BEATRIZ
Con buena pierna y buen pie, tío, y dinero suficiente en la bolsa, un hombre así conquistaría a cualquier mujer del mundo, si lograra su buena voluntad.

LEONATO
Por mi fe, sobrina, nunca conseguirás marido si eres tan aguda de lengua.

ANTONIO
A fe mía, es demasiado arisca.

BEATRIZ
Demasiado arisca es más que arisca: reduciré lo que Dios envía en ese sentido; pues se dice: «Dios envía cuernos cortos a la vaca arisca»; pero a una vaca demasiado arisca no le envía ninguno.

LEONATO
¿Así que, por ser demasiado arisca, Dios no te enviará cuernos?

BEATRIZ
Justamente, si no me envía marido; por cuya bendición se lo ruego de rodillas cada mañana y cada noche. ¡Señor! No podría soportar a un marido con barba en la cara: prefiero acostarme entre lanas.

LEONATO
Podrías dar con un marido que no tenga barba.

BEATRIZ
¿Qué haría yo con él? ¿Vestirlo con mis ropas y hacerlo mi dama de compañía? El que tiene barba es más que un muchacho, y el que no tiene barba es menos que un hombre; y el que es más que un muchacho no es para mí; y al que es menos que un hombre, yo no soy para él: por eso aceptaré seis peniques como señal del domador de osos y llevaré a sus monos al infierno.

LEONATO
Bueno, ¿entonces irás al infierno?

BEATRIZ
No; solo hasta la puerta; y allí me recibirá el Diablo, como un viejo cornudo, con cuernos en la cabeza, y me dirá: «Vete al cielo, Beatriz, vete al cielo; aquí no hay lugar para ustedes, las solteras». Así que entrego mis monos y me voy con san Pedro, a los cielos: él me muestra dónde se sientan los solteros, y allí vivimos tan alegres como largo es el día.

ANTONIO
[A Hero.] Bueno, sobrina, confío en que te dejarás guiar por tu padre.

BEATRIZ
Sí, a fe mía; es deber de mi prima hacer una reverencia y decir: «Padre, como usted guste»; pero con todo, prima, que sea un buen mozo, o si no haz otra reverencia y di: «Padre, como me guste a mí».

LEONATO
Bueno, sobrina, espero verte algún día provista de marido.

BEATRIZ
No hasta que Dios haga a los hombres de algún otro metal que no sea tierra. ¿No le dolería a una mujer ser dominada por un trozo de polvo valiente? ¿Rendir cuentas de su vida a un terrón de marga caprichosa? No, tío, ninguno quiero: los hijos de Adán son mis hermanos; y a decir verdad, considero pecado casarme dentro de mi parentela.

LEONATO
Hija, recuerda lo que te dije: si el Príncipe te solicita en ese sentido, ya sabes tu respuesta.

BEATRIZ
La falta estará en la música, prima, si no te cortejan a buen tiempo: si el Príncipe se pone demasiado insistente, dile que hay medida en todo, y así baila tu respuesta. Porque, escúchame, Hero: cortejar, casarse y arrepentirse es como una giga escocesa, una danza de medida y una gallarda: la primera pretensión es ardiente y apresurada, como una giga escocesa, e igual de fantástica; la boda, cortésmente modesta, como una danza de medida, llena de pompa y de solemnidad antigua; y luego llega el Arrepentimiento y, con sus malas piernas, cae en la gallarda cada vez más rápido, hasta hundirse en su tumba.

LEONATO
Sobrina, captas con extraordinaria agudeza.

BEATRIZ
Tengo buen ojo, tío: puedo ver una iglesia a plena luz del día.

LEONATO
Entran los de la fiesta, hermano: hagan buen sitio.

Entran, enmascarados, Don Pedro, Claudio, Benedicto, Baltasar, Don Juan, Borachio, Margarita, Úrsula y otros.

DON PEDRO
Señora, ¿quiere pasear con su amigo?

HERO
Si camina con suavidad, mira con dulzura y no dice nada, soy suya para el paseo; y sobre todo cuando me alejo caminando.

DON PEDRO
¿Conmigo en su compañía?

HERO
Puedo decirlo cuando me plazca.

DON PEDRO
¿Y cuándo le place decirlo?

HERO
Cuando me guste su semblante; ¡pues Dios no permita que el laúd sea como su estuche!

DON PEDRO
Mi antifaz es el techo de Filemón; dentro de la casa está Júpiter.

HERO
Pues entonces su antifaz debería ser de paja.

DON PEDRO
Hable bajo, si habla de amor.

[La lleva aparte.]

BALTASAR
Bueno, ojalá yo le gustara.

MARGARITA
Yo no lo querría, por su propio bien; pues tengo muchos defectos.

BALTASAR
¿Cuál es uno?

MARGARITA
Rezo mis oraciones en voz alta.

BALTASAR
Por eso la quiero más; los oyentes pueden decir Amén.

MARGARITA
¡Que Dios me empareje con un buen bailarín!

BALTASAR
Amén.

MARGARITA
¡Y que Dios lo aparte de mi vista cuando termine el baile! Responda, sacristán.

BALTASAR
No más palabras: el sacristán ha respondido.

ÚRSULA
Lo conozco muy bien: usted es el señor Antonio.

ANTONIO
En una palabra, no lo soy.

ÚRSULA
Lo conozco por el meneo de su cabeza.

ANTONIO
Para decirle la verdad, lo imito.

ÚRSULA
Nunca podría imitarlo tan mal-bien, a menos que fuera el mismísimo hombre. Aquí está su mano seca, de arriba abajo: usted es él, usted es él.

ANTONIO
En una palabra, no lo soy.

ÚRSULA
Vamos, vamos; ¿cree que no lo conozco por su excelente ingenio? ¿Puede la virtud esconderse? Vamos, silencio, usted es él: las gracias se dejan ver, y se acabó.

BEATRIZ
¿No me dirá quién le dijo eso?

BENEDICTO
No, tendrá que perdonarme.

BEATRIZ
¿Ni tampoco me dirá quién es usted?

BENEDICTO
Ahora no.

BEATRIZ
Que yo era desdeñosa, y que saqué mi buen ingenio de los «Cien cuentos alegres». Bueno, esto lo dijo el señor Benedicto.

BENEDICTO
¿Quién es ese?

BEATRIZ
Estoy segura de que lo conoce muy bien.

BENEDICTO
Yo no, créame.

BEATRIZ
¿Nunca lo hizo reír?

BENEDICTO
Le ruego, ¿quién es?

BEATRIZ
Pues es el bufón del Príncipe: un tonto muy aburrido; su único don está en inventar calumnias imposibles: solo los libertinos se deleitan con él; y su mérito no está en su ingenio, sino en su maldad; porque a los hombres los complace y los enfurece, y luego se ríen de él y le pegan. Estoy segura de que está en la flota: ¡ojalá me hubiera abordado!

BENEDICTO
Cuando conozca al caballero, le diré lo que usted dice.

BEATRIZ
Hágalo, hágalo: solo me lanzará una comparación o dos; las cuales, si acaso no se notan o no provocan risa, lo hunden en la melancolía; y entonces se salva un ala de perdiz, porque el tonto no cenará esa noche. *[Se oye música dentro.]* Debemos seguir a los que guían.

BENEDICTO
En todo lo bueno.

BEATRIZ
Pues si conducen a algo malo, los dejaré en la próxima esquina.

[Baile. Luego salen todos, excepto Don Juan, Borachio y Claudio.]

DON JUAN
Seguro que mi hermano está enamorado de Hero y ha llevado aparte a su padre para hablarle de ello. Las damas la siguen y solo queda un antifaz.

BORACHIO
Y ese es Claudio: lo reconozco por su porte.

DON JUAN
¿No es usted el señor Benedicto?

CLAUDIO
Me conoce bien; soy yo.

DON JUAN
Señor, usted está muy cerca de mi hermano en su afecto: él está enamorado de Hero; le ruego que lo disuada de ella; no es igual a su cuna: usted puede hacer en esto lo que corresponde a un hombre honrado.

CLAUDIO
¿Cómo sabe que la ama?

DON JUAN
Lo oí jurar su afecto.

BORACHIO
Yo también; y juró que se casaría con ella esta noche.

DON JUAN
Vamos, al banquete.

[Salen Don Juan y Borachio.]

CLAUDIO

Así respondo en nombre de Benedicto,
mas oigo estas malas noticias con los oídos de Claudio.
Es cierto: el Príncipe corteja para sí.
La amistad es constante en todas las demás cosas
salvo en los oficios y asuntos del amor:
por eso todos los corazones enamorados usan su propia lengua;
que cada ojo negocie por sí mismo
y no confíe en ningún agente; pues la belleza es una bruja
ante cuyos hechizos la fe se derrite en sangre.
Es un accidente de prueba cotidiana,
del que yo no desconfiaba. ¡Adiós, entonces, Hero!

Vuelve a entrar Benedicto.

BENEDICTO

¿Conde Claudio?

CLAUDIO

Sí, el mismo.

BENEDICTO

Vamos, ¿viene conmigo?

CLAUDIO

¿Adónde?

BENEDICTO

Hasta el próximo sauce, por asuntos suyos, conde. ¿De qué manera llevará la guirnalda? ¿Alrededor del cuello, como cadena de usurero? ¿O bajo el brazo, como banda de teniente? Tiene que llevarla de una u otra forma, porque el Príncipe se ha quedado con su Hero.

CLAUDIO
Le deseo que disfrute de ella.

BENEDICTO
Vaya, eso está dicho como un honrado tratante de ganado: así venden los bueyes. Pero ¿pensó que el Príncipe le iba a hacer esto?

CLAUDIO
Le ruego que me deje.

BENEDICTO
¡Ja! Ahora golpea como el ciego: fue el muchacho quien le robó la comida, y usted le pega al poste.

CLAUDIO
Si no hay remedio, lo dejo yo.

[Sale.]

BENEDICTO
¡Ay! Pobre ave herida. Ahora se arrastrará entre los juncos. ¡Pero que mi señora Beatriz me conociera y no me conociera! ¡El bufón del Príncipe! ¡Ja! Puede que lleve ese título porque soy alegre. Sí, pero así tiendo a hacerme daño a mí mismo; no tengo esa reputación: es el carácter bajo, aunque amargo, de Beatriz, que pone al mundo entero en su persona, y así me pregona. Bueno, me vengaré como pueda.

Vuelve a entrar Don Pedro.

DON PEDRO
Y bien, señor, ¿dónde está el Conde? ¿Lo vio?

BENEDICTO
En verdad, mi señor, he hecho el papel de la Señora Fama. Lo encontré aquí tan melancólico como un refugio en un coto de conejos. Le dije, y creo que le dije la verdad, que Su Alteza se había ganado la buena voluntad de esta joven dama; y le ofrecí mi compañía hasta un sauce, ya sea para hacerle una guirnalda, por estar abandonado, o para atarle una vara, por merecer ser azotado.

DON PEDRO
¡Azotado! ¿Cuál es su falta?

BENEDICTO
La simple falta de un escolar que, loco de alegría por haber hallado un nido de pájaros, se lo muestra a su compañero, y este se lo roba.

DON PEDRO
¿Convertirás una confianza en una falta? La falta está en el que roba.

BENEDICTO
Sin embargo, no habría estado mal que se hiciera la vara, y también la guirnalda; porque la guirnalda podría haberla llevado él mismo, y la vara podría haberla dado a usted, que, según creo, le ha robado su nido de pájaros.

DON PEDRO
Solo les enseñaré a cantar y se los devolveré a su dueño.

BENEDICTO
Si su canto responde a lo que dice, por mi fe, habla con honradez.

DON PEDRO
La señora Beatriz tiene una queja contra usted: el caballero que bailó con ella le dijo que usted la ha agraviado mucho.

BENEDICTO
¡Oh! Me maltrató más allá de lo que soportaría un tronco: una encina con una sola hoja verde le habría respondido; hasta mi propio antifaz empezó a cobrar vida y a regañar con ella. Me dijo, sin pensar que yo era yo mismo, que yo era el bufón del Príncipe, que era más aburrido que un gran deshielo; amontonando broma sobre broma sobre mí con tan imposible destreza que quedé como un hombre ante el blanco, con todo un ejército disparándole. Habla dagas, y cada palabra apuñala: si su aliento fuera tan terrible como sus remates, no se podría vivir cerca de ella; contagiaría hasta la estrella polar. No me casaría con ella aunque estuviera dotada de todo lo que Adán conservó antes de pecar: habría hecho que Hércules diera vueltas al asador, y hasta que partiera su maza para hacer también el fuego. Vamos, no hablemos de ella; la hallará usted como la infernal Ate con buenos vestidos. Quiera Dios que algún erudito la conjure, pues sin duda, mientras ella esté aquí, un hombre puede vivir tan tranquilo en el infierno como en un santuario; y la gente peca a propósito para ir allá; así que, en verdad, toda inquietud, horror y perturbación la acompañan.

Vuelven a entrar Claudio, Beatriz, Hero y Leonato.

DON PEDRO
¡Mire! Aquí viene.

BENEDICTO
¿Quiere Su Alteza encomendarme algún servicio hasta el fin del mundo? Iré ahora mismo al más mínimo recado a las Antípodas que se le ocurra mandarme; le traeré ahora un palillo de dientes desde la última pulgada de Asia; le traeré la medida del pie del Preste Juan; le traeré un pelo de la barba del Gran Kan; le haré cualquier embajada a los Pigmeos, antes que mantener una conversación de tres palabras con esta arpía. ¿No tiene ocupación para mí?

DON PEDRO
Ninguna, salvo desear su buena compañía.

BENEDICTO
¡Oh Dios, señor! Aquí hay un plato que no me gusta: no puedo soportar a mi Señora Lengua.

[Sale.]

DON PEDRO
Vamos, señora, vamos; ha perdido usted el corazón del señor Benedicto.

BEATRIZ
En verdad, mi señor, me lo prestó por un tiempo; y yo le di interés por él, un corazón doble por uno solo: aunque, una vez antes, me lo ganó con dados falsos; por eso Su Alteza bien puede decir que lo he perdido.

DON PEDRO
Lo ha derrotado, señora, lo ha derrotado.

BEATRIZ
Pues no quisiera que él me lo hiciera a mí, mi señor, no sea que acabe siendo madre de tontos. He traído al conde Claudio, a quien usted me envió a buscar.

DON PEDRO
Pero ¿qué es esto, conde? ¿Por qué está triste?

CLAUDIO
No estoy triste, mi señor.

DON PEDRO
¿Entonces? ¿Enfermo?

CLAUDIO
Tampoco, mi señor.

BEATRIZ
El Conde no está ni triste, ni enfermo, ni alegre, ni bien; sino un Conde formal, formal como una naranja, y algo de esa tez celosa.

DON PEDRO
A fe mía, señora, creo que su descripción es cierta; aunque juraría que, si es así, su sospecha es falsa. Aquí, Claudio: he cortejado en tu nombre y la bella Hero está ganada; he hablado con su padre y, obtenida su buena voluntad, ¡fija el día de la boda y que Dios te dé alegría!

LEONATO
Conde, reciba de mí a mi hija y con ella mi fortuna: Su Alteza ha hecho el enlace, ¡y que toda gracia diga Amén!

BEATRIZ
Hable, conde: es su turno.

CLAUDIO
El silencio es el más perfecto heraldo de la alegría: sería poco feliz si pudiera decir cuánto. Señora, así como usted es mía, yo soy suyo: me entrego por usted y me deleito con el trueque.

BEATRIZ
Habla, prima; o, si no puedes, tápale la boca con un beso y que él tampoco hable.

DON PEDRO
A fe mía, señora, tiene usted un corazón alegre.

BEATRIZ
Sí, mi señor; se lo agradezco, pobre tonto: se mantiene del lado del viento de la preocupación. Mi prima le dice al oído que él está en su corazón.

CLAUDIO
Y así es, prima.

BEATRIZ
¡Santo Dios, qué alianza! Así se casan todos y entran en el mundo, menos yo, y yo estoy tostada por el sol. ¡Puedo sentarme en un rincón y suspirar «¡ay!» por un marido!

DON PEDRO
Señora Beatriz, yo le conseguiré uno.

BEATRIZ
Preferiría uno de los que engendró su padre. ¿No tiene Su Alteza algún hermano como usted? Su padre engendró excelentes maridos, si una doncella pudiera conseguirlos.

DON PEDRO
¿Me aceptaría a mí, señora?

BEATRIZ
No, mi señor, a menos que pudiera tener otro para los días de trabajo: Su Alteza es demasiado costoso para llevarlo todos los días. Pero le suplico a Su Alteza que me perdone; nací para hablar todo alegría y nada de fondo.

DON PEDRO
Lo que más me ofende es su silencio, y lo que mejor le sienta es estar alegre; pues sin duda nació usted en una hora alegre.

BEATRIZ
No, de seguro, mi señor: mi madre lloró; pero entonces bailó una estrella, y bajo esa nací yo. ¡Primos, que Dios les dé alegría!

LEONATO
Sobrina, ¿te ocuparás de esas cosas de las que te hablé?

BEATRIZ
Perdón, tío. Con permiso de Su Alteza.

[Sale.]

DON PEDRO
Por mi fe, una dama de espíritu agradable.

LEONATO
Hay poco del elemento melancólico en ella, mi señor: nunca está triste sino cuando duerme; y ni siquiera siempre entonces, pues he oído decir a mi hija que a menudo ha soñado con desgracias y se ha despertado riendo.

DON PEDRO
No soporta oír hablar de un marido.

LEONATO
¡Oh, de ningún modo! Se burla de todos sus pretendientes hasta hacerlos desistir.

DON PEDRO
Sería una excelente esposa para Benedicto.

LEONATO
¡Ay, Señor! Mi señor, si llevaran casados solo una semana, hablarían hasta volverse locos.

DON PEDRO
Conde Claudio, ¿cuándo piensa ir a la iglesia?

CLAUDIO
Mañana, mi señor. El tiempo anda con muletas hasta que el amor tenga todos sus ritos.

LEONATO
No hasta el lunes, mi querido hijo, que es dentro de una semana justa; y aun así es un plazo demasiado breve para tener todas las cosas a mi gusto.

DON PEDRO
Vamos, mueves la cabeza ante un plazo tan largo; pero te aseguro, Claudio, que el tiempo no pasará aburrido para nosotros. Mientras tanto emprenderé uno de los trabajos de Hércules, que es llevar al señor Benedicto y a la señora Beatriz a una montaña de afecto el uno por el otro. Quisiera que fuera un matrimonio; y no dudo de lograrlo, si ustedes tres me prestan la ayuda que les indique.

LEONATO
Mi señor, cuente conmigo, aunque me cueste diez noches en vela.

CLAUDIO
Y conmigo, mi señor.

DON PEDRO
¿Y usted también, gentil Hero?

HERO
Haré cualquier oficio modesto, mi señor, para ayudar a mi prima a conseguir un buen marido.

DON PEDRO
Y Benedicto no es el marido menos prometedor que conozco. Hasta aquí puedo alabarlo: es de noble linaje, de valor probado y honradez confirmada. Yo les enseñaré cómo llevar a su prima para que se enamore de Benedicto; y yo, con la ayuda de ustedes dos, trabajaré de tal modo a Benedicto que, a pesar de su ingenio vivo y su estómago delicado, se enamorará de Beatriz. Si logramos esto, Cupido deja de ser arquero: su gloria será nuestra, porque somos los únicos dioses del amor. Entren conmigo y les contaré mi plan.

[Salen.]

ESCENA II. Otra sala en la casa de Leonato.

Entran Don Juan y Borachio.

DON JUAN
Es así; el conde Claudio se casará con la hija de Leonato.

BORACHIO
Sí, mi señor; pero puedo estorbarlo.

DON JUAN
Cualquier obstáculo, cualquier estorbo, cualquier impedimento será medicina para mí: estoy enfermo de disgusto contra él, y todo lo que se cruce en su afecto va parejo con el mío. ¿Cómo puedes estorbar este matrimonio?

BORACHIO
No honradamente, mi señor; pero tan encubiertamente que ninguna deshonra aparezca en mí.

DON JUAN
Muéstrame brevemente cómo.

BORACHIO
Creo haber dicho a Su Señoría, hace un año, cuánto gozo del favor de Margarita, la dama de compañía de Hero.

DON JUAN
Lo recuerdo.

BORACHIO
Puedo, a cualquier hora intempestiva de la noche, citarla para que se asome a la ventana de la alcoba de su señora.

DON JUAN
¿Qué vida hay en eso para que sea la muerte de este matrimonio?

BORACHIO
El veneno de eso está en usted para templarlo. Vaya con el Príncipe, su hermano; no se abstenga de decirle que ha dañado su honor al casar al renombrado Claudio —cuya estima usted sostiene con fuerza— con una ramera contaminada, una como Hero.

DON JUAN
¿Qué prueba daré de eso?

BORACHIO
Prueba suficiente para engañar al Príncipe, agraviar a Claudio, deshacer a Hero y matar a Leonato. ¿Busca algún otro desenlace?

DON JUAN
Con tal de fastidiarlos, intentaré cualquier cosa.

BORACHIO
Vaya, entonces; encuéntreme una hora oportuna para llevar aparte a Don Pedro y al conde Claudio: dígales que sabe que Hero me ama; finja una especie de celo tanto hacia el Príncipe como hacia Claudio, como si —por amor al honor de su hermano, que ha hecho este enlace, y a la reputación de su amigo, que está a punto de ser burlado con la apariencia de una doncella— hubiera descubierto esto. Apenas lo creerán sin prueba: ofrézcales indicios, que no tendrán menos verosimilitud que verme en la ventana de su alcoba, oírme llamar Hero a Margarita, oír a Margarita llamarme Claudio; y llévelos a ver esto la misma noche antes de la boda proyectada: pues mientras tanto yo dispondré el asunto de modo que Hero esté ausente; y aparecerá tal apariencia de verdad sobre la deslealtad de Hero que los celos serán llamados certeza, y todos los preparativos serán echados por tierra.

DON JUAN
Sea cual sea el adverso desenlace al que esto llegue, lo pondré en práctica. Sé astuto en la ejecución de esto, y tu paga es mil ducados.

BORACHIO
Sea usted constante en la acusación, y mi astucia no me avergonzará.

DON JUAN
Iré ahora mismo a saber su día de boda.

[Salen.]

ESCENA III. El jardín de Leonato.

Entra Benedicto.

BENEDICTO
¡Muchacho!

Entra un Muchacho.

MUCHACHO
¿Señor?

BENEDICTO
En la ventana de mi alcoba hay un libro; tráemelo aquí al huerto.

MUCHACHO
Ya estoy aquí, señor.

BENEDICTO
Lo sé; pero quiero que vayas allá y vuelvas aquí.

[Sale el Muchacho.]

Me asombra mucho que un hombre, viendo cuán tonto es otro cuando consagra su conducta al amor, después de haberse reído de tan superficiales locuras en otros, se convierta en el blanco de su propio desprecio enamorándose: y tal hombre es Claudio. Yo lo he conocido cuando no tenía más música que el tambor y el pífano; y ahora prefiere oír el tamboril y la flauta: lo he conocido cuando habría caminado diez millas a pie para ver una buena armadura; y ahora pasará diez noches en vela, trazando la forma de un jubón nuevo. Solía hablar claro y al grano, como un hombre honrado y un soldado; y ahora se ha vuelto pura ortografía; sus palabras son un banquete fantástico, con otros tantos platos raros. ¿Podría yo

convertirme así y ver con estos ojos? No lo sé; creo que no: no juraría que el amor no pueda transformarme en una ostra; pero juro que, hasta que haya hecho de mí una ostra, no me hará tan tonto. Una mujer es bella, y yo sigo bien; otra es sabia, y yo sigo bien; otra virtuosa, y yo sigo bien; pero hasta que todas las gracias estén en una mujer, ninguna mujer entrará en mi gracia. Rica será, eso es seguro; sabia, o ninguna; virtuosa, o nunca la regatearé; bella, o jamás la miraré; dulce, o no se me acerque; noble, o no la quiero ni por un ángel; de buena conversación, excelente música, y su cabello será del color que Dios quiera. ¡Ja! ¡El Príncipe y el señor Amor! Me esconderé en la enramada.

[Se aparta.]

Entran Don Pedro, Leonato y Claudio, seguidos de Baltasar y Músicos.

DON PEDRO

Vamos, ¿escuchamos esta música?

CLAUDIO

Sí, mi buen señor. ¡Qué quieta está la tarde,
como acallada a propósito para honrar la armonía!

DON PEDRO

¿Ven dónde se ha escondido Benedicto?

CLAUDIO

¡Oh, muy bien, mi señor! Terminada la música,
le daremos al zorrito lo que se merece.

DON PEDRO

Vamos, Baltasar, oiremos esa canción otra vez.

BALTASAR

¡Oh, mi buen señor, no obligue a una voz tan mala
a calumniar la música más de una vez!

DON PEDRO

Es siempre señal de excelencia
poner cara de extrañeza ante la propia perfección.
Te ruego, canta, y no me hagas rogar más.

BALTASAR

Ya que habla de cortejar, cantaré;
pues más de un pretendiente inicia su cortejo
ante la que juzga indigna; y sin embargo corteja,
y sin embargo jurará que ama.

DON PEDRO

Vamos, te lo ruego, ven;
o si quieres sostener un argumento más largo,
hazlo en notas.

BALTASAR

Note esto antes de mis notas:
no hay una sola nota mía que valga la pena notar.

DON PEDRO

¡Vaya, esto que dice son puras negras y caprichos;
notas, notas, en verdad, y nada!

[Música.]

BENEDICTO

¡Ahora sí, aire divino! ¡Ahora su alma queda arrebatada! ¿No es extraño que tripas de oveja saquen almas de los cuerpos de los hombres? Pues bien, a fin de cuentas, prefiero un cuerno por mi dinero.

BALTASAR *[canta.]*

No suspiren más, damas, no suspiren más;
los hombres siempre fueron engañadores:
un pie en el mar y otro en la orilla,
nunca constantes en una sola cosa.
Así que no suspiren, déjenlos ir,
y sean alegres y hermosas,
convirtiendo todos sus sonidos de pena
en un «¡Hey, nonny, nonny!».
No canten más endechas, no canten más
tristezas tan pesadas y sombrías;
el engaño de los hombres siempre fue así,
desde que el verano se cubrió de hojas por primera vez.
Así que no suspiren, déjenlos ir,
y sean alegres y hermosas,
convirtiendo todos sus sonidos de pena
en un «¡Hey, nonny, nonny!».

DON PEDRO

Por mi fe, una buena canción.

BALTASAR

Y un mal cantante, mi señor.

DON PEDRO

¡Ja, no, no, a fe mía! Cantas lo bastante bien para salir del paso.

BENEDICTO

[Aparte] Si hubiera sido un perro el que aullara así, lo habrían ahorcado; y ruego a Dios que su mala voz no augure desgracia. Tan a gusto habría oído al cuervo nocturno, viniera la plaga que viniera después.

DON PEDRO
Sí, por cierto; ¿me oyes, Baltasar? Te ruego que nos consigas alguna música excelente, pues mañana por la noche la queremos en la ventana de la alcoba de la señora Hero.

BALTASAR
Lo mejor que pueda, mi señor.

DON PEDRO
Hazlo así; adiós.

[Salen Baltasar y los Músicos.]

Ven aquí, Leonato: ¿qué era lo que me dijo hoy, que su sobrina Beatriz estaba enamorada del señor Benedicto?

CLAUDIO
¡Oh, sí! —*[Aparte, a Don Pedro]* Siga acechando, siga acechando; el ave está posada. Nunca pensé que esa dama pudiera amar a ningún hombre.

LEONATO
No, ni yo tampoco; pero lo más asombroso es que ella desvaríe tanto por el señor Benedicto, a quien siempre, en todo su comportamiento exterior, ha parecido aborrecer.

BENEDICTO
[Aparte] ¿Es posible? ¿Sopla el viento de esa esquina?

LEONATO
Por mi fe, mi señor, no sé qué pensar de ello sino que lo ama con un afecto enfurecido: está más allá de lo infinito del pensamiento.

DON PEDRO
Quizá solo finge.

CLAUDIO
A fe mía, muy probable.

LEONATO
¡Oh Dios! ¡Fingir! Jamás hubo fingimiento de pasión que se acercara tanto a la vida de la pasión como ella la deja ver.

DON PEDRO
Pues ¿qué efectos de pasión muestra?

CLAUDIO
[Aparte] Cebe bien el anzuelo: este pez va a picar.

LEONATO
¿Qué efectos, mi señor? Se sentará, ya verá usted; *[A Claudio]* usted oyó a mi hija contarle cómo.

CLAUDIO
Así fue, en efecto.

DON PEDRO
¿Cómo, cómo, se lo ruego? Me asombra: yo habría pensado que su espíritu era invencible contra todos los asaltos del afecto.

LEONATO
Yo lo habría jurado, mi señor; sobre todo contra Benedicto.

BENEDICTO
[Aparte] Pensaría que esto es un engaño, pero lo dice ese hombre de barba blanca: la bellaquería no puede, sin duda, esconderse bajo tanta reverencia.

CLAUDIO
[Aparte] Ha tomado el contagio: sosténgalo.

DON PEDRO
¿Ha dado a conocer su afecto a Benedicto?

LEONATO
No; y jura que nunca lo hará: ese es su tormento.

CLAUDIO
Es verdad, en efecto; así lo dice su hija: «¿Voy yo —dice—, que tantas veces lo he enfrentado con desdén, a escribirle que lo amo?».

LEONATO
Esto dice ella ahora, cuando empieza a escribirle; pues se levanta veinte veces por noche, y allí se sienta en camisón hasta haber escrito una hoja de papel: mi hija nos lo cuenta todo.

CLAUDIO
Ya que habla de una hoja de papel, recuerdo una graciosa anécdota que su hija nos contó.

LEONATO
¡Oh! Cuando la hubo escrito y la estaba releyendo, ¿halló a Benedicto y a Beatriz entre el pliego?

CLAUDIO
Eso.

LEONATO
¡Oh! Rompió la carta en mil moneditas; se reprochó a sí misma ser tan inmodesta como para escribir a quien sabía que se burlaría de ella: «Lo mido —dice— por mi propio espíritu; pues yo me burlaría de él si me escribiera; sí, aunque lo amo, me burlaría».

CLAUDIO
Luego cae de rodillas, llora, solloza, se golpea el pecho, se arranca el cabello, reza, maldice: «¡Oh, dulce Benedicto! ¡Que Dios me dé paciencia!».

LEONATO
Así hace, en efecto; mi hija lo dice; y el éxtasis la ha dominado tanto que mi hija a veces teme que cometa una violencia desesperada contra sí misma. Es muy cierto.

DON PEDRO
Sería bueno que Benedicto lo supiera por algún otro, si ella no quiere descubrirlo.

CLAUDIO
¿Con qué fin? Solo haría de ello un juego y atormentaría peor a la pobre dama.

DON PEDRO
Si lo hiciera, sería una obra de caridad ahorcarlo. Es una excelente y dulce dama y, fuera de toda sospecha, es virtuosa.

CLAUDIO
Y es sumamente sabia.

DON PEDRO
En todo, menos en amar a Benedicto.

LEONATO
¡Oh, mi señor! Cuando la sabiduría y la sangre combaten en un cuerpo tan tierno, tenemos diez pruebas contra una de que la sangre vence. Lo siento por ella, con justa causa, siendo su tío y su tutor.

DON PEDRO
Ojalá me hubiera dedicado a mí este desvarío; yo habría dejado de lado todos los demás respetos y la habría hecho mitad yo mismo. Les ruego que se lo cuenten a Benedicto y oigan lo que dirá.

LEONATO
¿Sería bueno, cree usted?

CLAUDIO
Hero cree con seguridad que morirá; porque dice que morirá si él no la ama, y que morirá antes de dar a conocer su amor, y que morirá, si él la corteja, antes que rebajar un soplo de su acostumbrada aspereza.

DON PEDRO
Hace bien: si ofreciera su amor, es muy posible que él lo desprecie; porque el hombre —como todos saben— tiene un espíritu despectivo.

CLAUDIO
Es un hombre muy apuesto.

DON PEDRO
En efecto, tiene un buen aspecto exterior.

CLAUDIO
Ante Dios, y a mi juicio, muy sabio.

DON PEDRO
En efecto, muestra algunas chispas que se parecen al ingenio.

CLAUDIO
Y lo tengo por valiente.

DON PEDRO
Como Héctor, se lo aseguro: y en el manejo de las riñas se puede decir que es sabio; porque o las evita con gran discreción, o las emprende con un temor muy cristiano.

LEONATO
Si teme a Dios, necesariamente debe mantener la paz: si rompe la paz, debe entrar en una riña con temor y temblor.

DON PEDRO
Así lo hará; pues el hombre teme a Dios, aunque no lo parezca por algunas bromas atrevidas que hace. Bien, siento lo de su sobrina. ¿Vamos a buscar a Benedicto y a contarle de su amor?

CLAUDIO
Nunca se lo diga, mi señor: que ella lo supere con buenos consejos.

LEONATO
No, eso es imposible: antes se le consumirá el corazón.

DON PEDRO
Bien, sabremos más de esto por su hija: que se enfríe mientras tanto. Aprecio mucho a Benedicto y desearía que se examinara con modestia, para ver cuánto es indigno de una dama tan buena.

LEONATO
Mi señor, ¿quiere pasar? La comida está lista.

CLAUDIO
[Aparte] Si no se enamora locamente de ella con esto, nunca confiaré en mis expectativas.

DON PEDRO

[Aparte] Que se tienda la misma red para ella; y eso deben llevarlo adelante su hija y su dama de compañía. La diversión será cuando cada uno crea que el otro desvaría de amor, y no haya tal cosa: esa es la escena que quisiera ver, que será pura pantomima. Enviémosla a llamarlo a comer.

[Salen Don Pedro, Claudio y Leonato.]

BENEDICTO

[Saliendo de la enramada.] Esto no puede ser una trampa: la conversación fue llevada con seriedad. Saben la verdad de esto por Hero. Parecen compadecer a la dama: parece que su afecto ha llegado a su máxima tensión. ¿Amarme? Pues debe ser correspondida. Oigo cómo se me censura: dicen que me portaré con orgullo si percibo que el amor viene de ella; dicen también que ella preferirá morir antes que dar muestra alguna de afecto. Nunca pensé en casarme: no debo parecer orgulloso: felices los que oyen sus defectos y pueden enmendarlos. Dicen que la dama es bella: es verdad, puedo dar testimonio; y virtuosa: así es, no puedo reprobarlo; y sabia, salvo por amarme: por mi fe, eso no añade nada a su ingenio ni es gran argumento de su necedad, pues yo voy a estar horriblemente enamorado de ella. Quizá me lancen algunas extrañas pullas y restos de ingenio, porque he despotricado tanto tiempo contra el matrimonio; pero ¿no cambia el apetito? Un hombre ama en su juventud la carne que no soporta en su vejez. ¿Habrán de intimidar a un hombre, para apartarlo de la carrera de su humor, las pullas y las sentencias y estas balas de papel del cerebro? No; el mundo debe poblarse. Cuando dije que moriría soltero, no pensé que viviría hasta casarme. Aquí viene Beatriz. ¡Por este día! Es una dama hermosa: veo en ella algunas señales de amor.

Entra Beatriz.

BEATRIZ

Contra mi voluntad me envían a decirle que venga a comer.

BENEDICTO
Bella Beatriz, le agradezco la molestia.

BEATRIZ
No me tomé más molestia por esos agradecimientos que la que usted se toma para agradecerme: si hubiera sido penoso, no habría venido.

BENEDICTO
¿Entonces le place el mensaje?

BEATRIZ
Sí, justo lo que se puede tomar en la punta de un cuchillo, y ahogar con ello a una grajilla. No tiene usted apetito, señor: que le vaya bien.

[Sale.]

BENEDICTO
¡Ja! «Contra mi voluntad me envían a decirle que venga a comer»: hay un doble sentido en eso. «No me tomé más molestia por esos agradecimientos que la que usted se tomó para agradecerme»: eso es como decir: cualquier molestia que me tome por usted es tan fácil como dar las gracias. Si no me compadezco de ella, soy un canalla; si no la amo, soy un judío. Iré a conseguir su retrato.

[Sale.]

ACTO TERCERO

ESCENA I. El jardín de Leonato.

Entran Hero, Margarita y Úrsula.

HERO

Buena Margarita, corre al salón;
allí hallarás a mi prima Beatriz
conversando con el Príncipe y con Claudio:
susúrrale al oído que yo y Úrsula
paseamos por el huerto, y que todo nuestro discurso
trata de ella; dile que nos oíste por casualidad,
y pídele que se cuele en la enramada entretejida,
donde las madreselvas, maduradas por el sol,
le prohíben al sol entrar; como los favoritos
hechos soberbios por los príncipes, que alzan su orgullo
contra el poder que lo engendró. Allí se esconderá
para escuchar nuestra charla. Este es tu encargo;
cúmplelo bien y déjanos solas.

MARGARITA

Haré que venga, se lo aseguro, enseguida.

[Sale.]

HERO

Ahora, Úrsula, cuando Beatriz llegue,
mientras recorremos esta alameda de un lado a otro,
nuestra charla debe ser solo de Benedicto:
cuando yo lo nombre, que sea tu parte
alabarlo más de lo que hombre alguno mereció.
Mi charla contigo debe ser cómo Benedicto
está enfermo de amor por Beatriz: de esta materia
se hace la astuta flecha del pequeño Cupido,
que solo hiere de oídas.

Entra Beatriz, por detrás.

Ahora comienza;
pues mira cómo Beatriz, como un avefría, corre
pegada al suelo, para oír nuestra conversación.

ÚRSULA

El pasatiempo más grato de la pesca es ver cómo el pez
corta con sus remos dorados la corriente de plata
y devora con avidez el cebo traicionero:
así pescamos a Beatriz, que ahora mismo
yace oculta en el cobijo de la madreselva.
No temas por mi parte del diálogo.

HERO

Entonces acerquémonos a ella, para que su oído no pierda nada
del falso y dulce cebo que le tendemos.

[Avanzan hacia la enramada.]

No, en verdad, Úrsula, es demasiado desdeñosa;
sé que su espíritu es tan esquivo y salvaje
como los halcones bravíos de las rocas.

ÚRSULA

Pero ¿está segura
de que Benedicto ama tanto a Beatriz?

HERO

Así lo dice el Príncipe, y mi recién prometido señor.

ÚRSULA

¿Y le pidieron que se lo dijera, señora?

HERO

Me rogaron que se lo hiciera saber;
pero yo los persuadí de que, si querían a Benedicto,
desearan que luchara contra su afecto
y nunca dejaran que Beatriz lo supiera.

ÚRSULA

¿Por qué hizo eso? ¿No merece el caballero
un lecho tan pleno y afortunado
como el que Beatriz alguna vez ocupará?

HERO

¡Oh dios del amor! Sé que merece
todo lo que se pueda conceder a un hombre;
pero la Naturaleza nunca formó un corazón de mujer
de materia más orgullosa que el de Beatriz;
el desdén y el desprecio cabalgan centelleantes en sus ojos,
menospreciando todo lo que miran, y su ingenio
se estima tan alto que, para ella,
toda otra materia parece débil. No puede amar,
ni tomar forma ni proyecto de afecto,
tanto se quiere a sí misma.

ÚRSULA

Seguro que así lo creo;
y por eso ciertamente no sería bueno
que ella conociera su amor, no fuera a burlarse de él.

HERO

Pues dices la verdad. Jamás vi hombre,
por sabio, noble, joven, de rara figura que fuera,
al que ella no deletreara al revés: si de rostro bello,
juraría que el caballero debería ser su hermana;
si moreno, pues que la Naturaleza, dibujando una grotesca,
hizo un feo borrón; si alto, una lanza mal rematada;
si bajo, un ágata muy mal tallada;
si habla, una veleta soplada por todos los vientos;
si calla, un leño que ningún viento mueve.
Así vuelve del revés a cada hombre,
y nunca da a la verdad y a la virtud
lo que la sencillez y el mérito merecen.

ÚRSULA

Seguro, seguro, tal censura no es digna de alabanza.

HERO

No; ser tan rara y alejada de toda costumbre
como Beatriz, no puede ser digno de alabanza.
Pero ¿quién se atreve a decírselo? Si yo hablara,
me haría desaparecer a burlas: ¡oh, me sacaría
de mí misma a carcajadas, me aplastaría hasta la muerte con ingenio!
Por eso, que Benedicto, como fuego cubierto,
se consuma en suspiros, se gaste por dentro:
sería mejor muerte que morir de burlas,
que es tan malo como morir de cosquillas.

ÚRSULA

Aun así, dígaselo: oiga lo que ella dirá.

HERO

No; más bien iré con Benedicto
y le aconsejaré que luche contra su pasión.
Y, en verdad, inventaré algunas calumnias honestas
con que manchar a mi prima. No se sabe
cuánto puede una mala palabra envenenar el afecto.

ÚRSULA

¡Oh! No le haga a su prima tal agravio.
No puede estar tan falta de juicio verdadero
—teniendo un ingenio tan rápido y excelente
como se le estima— que rechace
a un caballero tan raro como el señor Benedicto.

HERO

Es el único hombre de Italia,
exceptuando siempre a mi querido Claudio.

ÚRSULA

Le ruego, señora, que no se enoje conmigo
por decir lo que pienso: el señor Benedicto,
en figura, porte, ingenio y valor,
va a la cabeza de la fama por toda Italia.

HERO

En efecto, tiene un excelente buen nombre.

ÚRSULA

Su excelencia lo ganó antes de tenerlo.
¿Cuándo se casa usted, señora?

HERO

Pues cada día, mañana. Vamos, entra:
te mostraré algunos atavíos y quiero tu consejo
sobre cuál es el mejor para adornarme mañana.

ÚRSULA

Está atrapada con liga, se lo aseguro:
la hemos cazado, señora.

HERO

Si resulta así, entonces el amor va por azar:
algún Cupido mata con flechas, otros con trampas.

[Salen Hero y Úrsula.]

BEATRIZ

[Avanzando.] ¿Qué fuego hay en mis oídos? ¿Puede ser verdad?
¿Estoy condenada tanto por soberbia y desprecio?
¡Adiós, desprecio! ¡Y orgullo de doncella, adiós!
Ninguna gloria vive a espaldas de tales.
Y tú, Benedicto, sigue amando; yo te corresponderé,
domando mi corazón salvaje a tu mano amante:
si amas, mi bondad te incitará
a atar nuestros amores con un lazo santo;
pues otros dicen que mereces, y yo
lo creo mejor que por mera fama.

[Sale.]

ESCENA II. Una sala en la casa de Leonato.

Entran Don Pedro, Claudio, Benedicto y Leonato.

DON PEDRO
Solo me quedo hasta que su matrimonio se haya consumado, y entonces parto hacia Aragón.

CLAUDIO
Lo acompañaré hasta allá, mi señor, si se digna permitírmelo.

DON PEDRO
No, eso sería una mancha tan grande en el nuevo brillo de su matrimonio como mostrarle a un niño su abrigo nuevo y prohibirle que lo use. Solo me atreveré a pedir a Benedicto su compañía; pues, desde la coronilla hasta la planta del pie, es todo alegría; dos o tres veces ha cortado la cuerda del arco de Cupido, y el pequeño verdugo no se atreve a dispararle. Tiene un corazón sano como una campana, y su lengua es el badajo; porque lo que su corazón piensa, su lengua lo dice.

BENEDICTO
Caballeros, no soy el que he sido.

LEONATO
Eso digo yo: me parece que está más triste.

CLAUDIO
Espero que esté enamorado.

DON PEDRO
¡Que lo cuelguen, holgazán! No hay en él una gota de sangre verdadera para ser tocado de verdad por el amor. Si está triste, le falta dinero.

BENEDICTO
Tengo dolor de muelas.

DON PEDRO
Sáquesela.

BENEDICTO
Que la cuelguen.

CLAUDIO
Hay que colgarla primero y sacarla después.

DON PEDRO
¡Cómo! ¿Suspirar por un dolor de muelas?

LEONATO
¿Qué hay allí sino un humor o un gusano?

BENEDICTO
Bueno, cualquiera puede dominar un dolor menos el que lo tiene.

CLAUDIO
Aun así digo que está enamorado.

DON PEDRO
No hay en él señal de capricho amoroso, a menos que sea el capricho que tiene por disfraces extraños: como ser holandés hoy, francés mañana; o con la figura de dos países a la vez, como alemán de la cintura para abajo, todo calzones anchos, y español de la cadera para arriba, sin jubón. A menos que tenga capricho por esta bufonada, como parece tenerlo, no es el tonto de capricho amoroso que ustedes quieren hacer ver que es.

CLAUDIO
Si no está enamorado de alguna mujer, no hay que creer en los viejos presagios: se cepilla el sombrero por las mañanas; ¿qué puede augurar eso?

DON PEDRO
¿Alguien lo ha visto en la barbería?

CLAUDIO
No, pero el ayudante del barbero ha sido visto con él; y el viejo adorno de su mejilla ya ha servido para rellenar pelotas de tenis.

LEONATO
En efecto, parece más joven que antes, por la pérdida de la barba.

DON PEDRO
Más aún, se unta de algalia: ¿pueden olfatearlo por eso?

CLAUDIO
Eso es como decir que el dulce mozo está enamorado.

DON PEDRO
La señal mayor es su melancolía.

CLAUDIO
¿Y cuándo solía lavarse la cara?

DON PEDRO
Sí, ¿o a maquillarse? Por lo cual, oigo lo que dicen de él.

CLAUDIO
Y no hablemos de su ánimo burlón, que ahora se ha metido en una cuerda de laúd y se rige por trastes.

DON PEDRO
En efecto, eso cuenta una triste historia contra él. Concluyan, concluyan que está enamorado.

CLAUDIO
Es más, yo sé quién lo ama.

DON PEDRO
Eso también quisiera saber yo: apuesto a que alguien que no lo conoce.

CLAUDIO
Sí, y sus malas cualidades; y a pesar de todo, muere por él.

DON PEDRO
La enterrarán boca arriba.

BENEDICTO
Pero esto no es conjuro para el dolor de muelas. Viejo señor, venga conmigo aparte: he estudiado ocho o nueve palabras sabias para decirle, que estos caballitos de juguete no deben oír.

[Salen Benedicto y Leonato.]

DON PEDRO
Apuesto mi vida a que es para hablarle de Beatriz.

CLAUDIO
Así es. Hero y Margarita ya habrán hecho su papel con Beatriz, y entonces los dos osos no se morderán cuando se encuentren.

Entra Don Juan.

DON JUAN
Mi señor y hermano, ¡Dios lo guarde!

DON PEDRO
Buenas tardes, hermano.

DON JUAN
Si su tiempo se lo permitiera, quisiera hablar con usted.

DON PEDRO
¿En privado?

DON JUAN
Si le place; aunque el conde Claudio puede oír, pues lo que quiero decir le concierne.

DON PEDRO
¿De qué se trata?

DON JUAN
[A Claudio.] ¿Piensa Su Señoría casarse mañana?

DON PEDRO
Usted sabe que sí.

DON JUAN
Eso no lo sé, cuando él sepa lo que yo sé.

CLAUDIO
Si hay algún impedimento, le ruego que lo descubra.

DON JUAN
Puede que piense que no lo aprecio: que eso se vea después, y juzgue mejor de mí por lo que ahora voy a manifestar. En cuanto a mi hermano, creo que lo estima bien y, por el afecto de su corazón, ha ayudado a lograr su próximo matrimonio; ¡seguramente, pretensión mal empleada y trabajo mal gastado!

DON PEDRO
Vaya, ¿de qué se trata?

DON JUAN
Vine aquí a decírselo; y, abreviadas las circunstancias —pues ya se ha hablado demasiado de ella—, la dama es desleal.

CLAUDIO
¿Quién, Hero?

DON JUAN
Ella misma: la Hero de Leonato, su Hero, la Hero de todo hombre.

CLAUDIO
¿Desleal?

DON JUAN
La palabra es demasiado buena para pintar su maldad; podría decir que es peor: piense en un título peor y yo se lo ajustaré. No se asombre hasta tener más garantía: venga solo conmigo esta noche, verá entrar por la ventana de su alcoba, justo la noche antes de su día de boda: si entonces aún la ama, cásese con ella mañana; pero convendría mejor a su honor cambiar de idea.

CLAUDIO
¿Puede ser así?

DON PEDRO
No quiero creerlo.

DON JUAN
Si no se atreven a confiar en lo que ven, no confiesen que saben. Si me siguen, les mostraré lo suficiente; y cuando hayan visto más y oído más, procedan en consecuencia.

CLAUDIO
Si veo algo esta noche por lo cual no deba casarme con ella mañana, en la congregación, donde debería casarme, allí la avergonzaré.

DON PEDRO
Y así como yo corteje por ti para obtenerla, me uniré a ti para deshonrarla.

DON JUAN
No la desacreditaré más hasta que ustedes sean mis testigos: sobrelleven esto con frialdad solo hasta la medianoche, y que el desenlace se muestre.

DON PEDRO
¡Oh día torcido de mala manera!

CLAUDIO
¡Oh desgracia que contraría de modo extraño!

DON JUAN
¡Oh plaga muy bien evitada! Así dirán cuando hayan visto lo que sigue.

[Salen.]

ESCENA III. Una calle.

Entran Dogberry y Verges, con la Ronda.

DOGBERRY
¿Son ustedes hombres buenos y leales?

VERGES
Sí, o si no sería una lástima que no sufrieran la salvación, en cuerpo y alma.

DOGBERRY
No, eso sería un castigo demasiado bueno para ellos, si tuvieran en sí alguna lealtad, siendo elegidos para la ronda del Príncipe.

VERGES
Bien, denles su encargo, vecino Dogberry.

DOGBERRY
Primero, ¿a quién consideran el hombre más desmerecedor para ser comisario?

PRIMER GUARDIA
Hugo Oatcake, señor, o Jorge Seacoal; pues saben escribir y leer.

DOGBERRY
Venga aquí, vecino Seacoal. Dios lo ha bendecido con un buen nombre: ser un hombre bien parecido es don de la Fortuna; pero escribir y leer viene por Naturaleza.

SEGUNDO GUARDIA
Ambas cosas, maestro Comisario…

DOGBERRY
Las tiene: sabía que esa sería su respuesta. Bien, en cuanto a su buen parecer, señor, den gracias a Dios y no presuman de ello; y en cuanto a su escribir y leer, que eso se muestre cuando no haya necesidad de tal vanidad. Aquí se le tiene por el hombre más insensato y apto para comisario de la ronda; por tanto, lleve usted la linterna. Este es su encargo: usted debe comprender a todos los vagamundos; debe mandar detenerse a cualquier hombre, en nombre del Príncipe.

SEGUNDO GUARDIA
¿Y si no se detiene?

DOGBERRY
Pues entonces no hagan caso de él, déjenlo ir; y llamen enseguida al resto de la ronda y den gracias a Dios de haberse librado de un bellaco.

VERGES
Si no se detiene cuando se le manda, no es súbdito del Príncipe.

DOGBERRY
Cierto, y ellos no deben meterse sino con los súbditos del Príncipe. Tampoco harán ruido en las calles: pues que la ronda parlotee y charle es muy tolerable y no debe soportarse.

SEGUNDO GUARDIA
Preferimos dormir a hablar: sabemos lo que corresponde a una ronda.

DOGBERRY
Pues habla usted como un guardia antiguo y muy tranquilo, porque no veo cómo dormir pueda ofender; solo cuiden de que no les roben las alabardas. Bien, deben pasar por todas las tabernas y mandar a los borrachos que se vayan a la cama.

SEGUNDO GUARDIA
¿Y si no quieren?

DOGBERRY
Pues entonces déjenlos hasta que estén sobrios: si entonces no les dan mejor respuesta, pueden decir que no son los hombres que ustedes creían.

SEGUNDO GUARDIA
Bueno, señor.

DOGBERRY
Si se encuentran con un ladrón, pueden sospechar, en virtud de su cargo, que no es hombre honrado; y, con esa clase de hombres, cuanto menos se metan y traten con ellos, tanto mayor será para su honra.

SEGUNDO GUARDIA
Si sabemos que es un ladrón, ¿no le echaremos mano?

DOGBERRY
En verdad, por su cargo, pueden; pero creo que quienes tocan la pez se manchan. El modo más pacífico para ustedes, si apresan a un ladrón, es dejar que se muestre tal como es y se escurra de su compañía.

VERGES
Siempre se le ha llamado un hombre misericordioso, socio.

DOGBERRY
En verdad, yo no ahorcaría a un perro por mi voluntad, cuánto menos a un hombre que tenga algo de honradez.

VERGES
Si oyen llorar a un niño en la noche, deben llamar a la nodriza y mandarle que lo calle.

SEGUNDO GUARDIA
¿Y si la nodriza está dormida y no nos oye?

DOGBERRY
Pues entonces váyanse en paz y dejen que el niño la despierte llorando; porque la oveja que no oye a su cordero cuando bala nunca responderá a un ternero cuando bala.

VERGES
Es muy cierto.

DOGBERRY
Este es el final del encargo. Usted, comisario, ha de representar la persona misma del Príncipe: si se encuentra con el Príncipe de noche, puede detenerlo.

VERGES
No, por Nuestra Señora, eso creo que no puede.

DOGBERRY
Cinco chelines contra uno, con cualquier hombre que conozca los estatutos, a que puede detenerlo: eso sí, no sin que el Príncipe esté dispuesto; porque, en verdad, la ronda no debe ofender a nadie, y es una ofensa detener a un hombre contra su voluntad.

VERGES
Por Nuestra Señora, creo que es así.

DOGBERRY
¡Ja, ja, ja! Bien, señores, buenas noches: si ocurre algún asunto de peso, llámenme: guarden los secretos de sus compañeros y los suyos, y buenas noches. Vamos, vecino.

SEGUNDO GUARDIA
Bien, señores, hemos oído nuestro encargo: vayamos a sentarnos aquí en el banco de la iglesia hasta las dos, y luego todos a la cama.

DOGBERRY
Una palabra más, honrados vecinos. Les ruego que vigilen la puerta del señor Leonato; pues, siendo allí la boda mañana, esta noche hay gran alboroto. Adiós; sean vigitantes, se lo ruego.

[Salen Dogberry y Verges.]

Entran Borachio y Conrado.

BORACHIO
¡Eh, Conrado!

GUARDIA
[Aparte] ¡Silencio! No se muevan.

BORACHIO
¡Conrado, digo!

CONRADO
Aquí, hombre. Estoy a tu codo.

BORACHIO
¡Por la misa, y me picaba el codo; pensé que vendría una sarna!

CONRADO
Te quedo debiendo una respuesta por eso; y ahora adelante con tu cuento.

BORACHIO
Pues ponte bien cerca bajo este alero, porque está lloviznando, y yo, como un verdadero borracho, te lo contaré todo.

GUARDIA
[Aparte] Alguna traición, señores; pero quédense quietos.

BORACHIO
Sabe, pues, que he ganado de Don Juan mil ducados.

CONRADO
¿Es posible que alguna villanía sea tan cara?

BORACHIO
Más bien deberías preguntar si es posible que alguna villanía sea tan rica; porque cuando los villanos ricos necesitan a los pobres, los pobres pueden poner el precio que quieran.

CONRADO
Me asombra.

BORACHIO
Eso muestra que eres un novato. Sabes que la moda de un jubón, de un sombrero o de una capa no es nada para un hombre.

CONRADO
Sí, es vestimenta.

BORACHIO
Me refiero a la moda.

CONRADO
Sí, la moda es la moda.

BORACHIO
¡Bah! Igual podría decir que el tonto es el tonto. Pero ¿no ves qué ladrón deforme es esta moda?

GUARDIA
[Aparte] Conozco a ese Deforme; lleva siete años siendo un ladrón vil; anda de acá para allá como un caballero: recuerdo su nombre.

BORACHIO
¿No oíste a alguien?

CONRADO
No: fue la veleta de la casa.

BORACHIO

¿No ves, digo, qué ladrón deforme es esta moda? ¡Con qué vértigo hace girar a todos los de sangre caliente entre los catorce y los treinta y cinco! A veces los viste como los soldados del Faraón en la pintura ahumada; a veces como los sacerdotes del dios Bel en la vidriera de la vieja iglesia; a veces como el Hércules rapado en el tapiz manchado y carcomido, donde su bragueta parece tan maciza como su maza.

CONRADO

Todo esto lo veo, y veo que la moda gasta más ropa que el hombre. Pero ¿no estás tú mismo mareado con la moda, que te has salido de tu cuento para contarme de la moda?

BORACHIO

Tampoco; pero sabe que esta noche he cortejado a Margarita, la dama de la señora Hero, con el nombre de Hero: ella se asoma por la ventana de la alcoba de su señora, me da mil veces las buenas noches —cuento esto muy mal—: debí contarte primero cómo el Príncipe, Claudio y mi amo, apostados, colocados e instruidos por mi amo Don Juan, vieron de lejos en el huerto este amable encuentro.

CONRADO

¿Y creyeron que Margarita era Hero?

BORACHIO
Dos de ellos sí, el Príncipe y Claudio; pero el diablo de mi amo sabía que era Margarita; y en parte por sus juramentos, que los poseyeron primero, en parte por la noche oscura, que los engañó, pero sobre todo por mi villanía, que confirmó toda calumnia que Don Juan había hecho, se fue Claudio enfurecido; juró que se encontraría con ella, como estaba convenido, a la mañana siguiente en el templo, y allí, ante toda la congregación, la avergonzaría con lo que vio de noche y la mandaría de vuelta a casa sin marido.

PRIMER GUARDIA
¡Les ordenamos en nombre del Príncipe: deténganse!

SEGUNDO GUARDIA
Llamen al verdadero señor Comisario. Aquí hemos recobrado la pieza de lujuria más peligrosa que jamás se haya conocido en la república.

PRIMER GUARDIA
Y uno llamado Deforme es uno de ellos: lo conozco, lleva un mechón.

CONRADO
¡Señores, señores!

SEGUNDO GUARDIA
Les harán traer a Deforme, se lo aseguro.

CONRADO
Señores...

PRIMER GUARDIA
No hablen: les ordenamos que dejen que les obedezcamos viniendo con nosotros.

BORACHIO
Vamos a resultar una buena mercancía, siendo recogidos por las alabardas de estos hombres.

CONRADO
Una mercancía en entredicho, se lo aseguro. Vamos, les obedeceremos.

[Salen.]

ESCENA IV. Una sala en la casa de Leonato.

Entran Hero, Margarita y Úrsula.

HERO
Buena Úrsula, despierta a mi prima Beatriz y pídele que se levante.

ÚRSULA
Lo haré, señora.

HERO
Y dile que venga aquí.

ÚRSULA
Bien.

[Sale.]

MARGARITA
En verdad, creo que su otro cuello almidonado sería mejor.

HERO
No, te lo ruego, buena Meg, llevaré este.

MARGARITA
Por mi fe, no es tan bueno; y le aseguro que su prima lo dirá.

HERO
Mi prima es una tonta, y tú eres otra: no me pondré otro que este.

MARGARITA
Me gusta mucho el nuevo tocado de dentro, si el pelo fuera un poco más castaño; y su vestido es de un corte rarísimo, a fe mía. Yo vi el vestido de la duquesa de Milán, que tanto elogian.

HERO
¡Oh! Ese lo supera todo, dicen.

MARGARITA
Por mi fe, no es más que una bata en comparación con el suyo: tela de oro, con cortes, y cordones de plata, adornada con perlas, mangas colgantes, mangas laterales y faldas redondas, forradas con un oropel azulado; pero en cuanto a moda fina, ingeniosa, graciosa y excelente, el suyo vale diez como ese.

HERO
¡Que Dios me dé alegría para llevarlo! Pues mi corazón está muy pesado.

MARGARITA
Pronto estará más pesado por el peso de un hombre.

HERO
¡Qué vergüenza! ¿No te da pena?

MARGARITA
¿De qué, señora? ¿De hablar con honra? ¿No es honroso el matrimonio en un mendigo? ¿No es honorable su señor aun sin matrimonio? Creo que querría que dijera, con perdón de su reverencia, «un marido»: si el mal pensar no tuerce el buen hablar, no ofenderé a nadie. ¿Hay algún mal en «más pesado por un marido»? Ninguno, creo, si es el marido justo y la esposa justa; de lo contrario es ligero y no pesado: pregunte si no a mi señora Beatriz; aquí viene.

Entra Beatriz.

HERO
Buenos días, prima.

BEATRIZ
Buenos días, dulce Hero.

HERO
Pero ¿qué te pasa? ¿Hablas con voz de enferma?

BEATRIZ
Estoy fuera de todo otro tono, me parece.

MARGARITA
Métase con «Amor ligero»; esa va sin estribillo: cántela usted y yo la bailo.

BEATRIZ
¡Sí, amor ligero con tus talones! Entonces, si tu marido tiene establos de sobra, verás que no le faltarán crías.

MARGARITA
¡Oh, interpretación ilegítima! Eso lo desprecio con los talones.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

BEATRIZ
Son casi las cinco, prima; es hora de que estés lista. Por mi fe, estoy muy mal. ¡Ay!

MARGARITA
¿Por un halcón, un caballo o un marido?

BEATRIZ
Por la letra con que empiezan todos, la H.

MARGARITA
Pues, si no te has vuelto turca, ya no se puede navegar por la estrella.

BEATRIZ
¿Qué querrá decir la tonta, me pregunto?

MARGARITA
Nada yo; ¡pero que Dios dé a cada uno el deseo de su corazón!

HERO
Estos guantes me los envió el Conde; tienen un perfume excelente.

BEATRIZ
Estoy taponada, prima, no puedo oler.

MARGARITA
¡Una doncella, y taponada! Vaya manera de pescar un resfriado.

BEATRIZ
¡Oh, Dios me ayude, Dios me ayude! ¿Desde cuándo haces profesión de agudeza?

MARGARITA
Desde que tú la dejaste. ¿No me sienta de maravilla mi ingenio?

BEATRIZ
No se ve lo bastante: deberías llevarlo en el sombrero. Por mi fe, estoy enferma.

MARGARITA
Consiga un poco de este Carduus benedictus destilado y póngaselo sobre el corazón: es lo único para una náusea.

HERO
Ahí la pinchas con un cardo.

BEATRIZ
¡Benedictus! ¿Por qué benedictus? Tienes alguna moraleja en este benedictus.

MARGARITA
¡Moraleja! No, por mi fe, no tengo intención de moraleja; quise decir, simple cardo santo. Quizá piense usted que yo pienso que está enamorada: no, por Nuestra Señora, no soy tan tonta como para pensar lo que se me antoje; ni se me antoja pensar lo que puedo; ni, en verdad, puedo pensar, aunque quisiera pensar hasta sacarme el corazón de pensar, que usted esté enamorada, o que vaya a estarlo, o que pueda estarlo. Sin embargo, Benedicto era uno igual, y ahora se ha hecho hombre: juró que nunca se casaría; y sin embargo ahora, a pesar de su corazón, come su carne sin rechistar: y cómo pueda usted convertirse, no lo sé; pero me parece que mira con los ojos como las demás mujeres.

BEATRIZ
¿Qué paso es este que lleva tu lengua?

MARGARITA
No es un galope falso.

Vuelve a entrar Úrsula.

ÚRSULA
Señora, retírese: el Príncipe, el Conde, el señor Benedicto, Don Juan y todos los galanes del pueblo han venido a buscarla para llevarla a la iglesia.

HERO
Ayúdenme a vestirme, buena prima, buena Meg, buena Úrsula.

[Salen.]

ESCENA V. Otra sala en la casa de Leonato.

Entran Leonato, Dogberry y Verges.

LEONATO
¿Qué quiere de mí, honrado vecino?

DOGBERRY
Pues, señor, quisiera tener con usted cierta confidencia que le desconcierne de cerca.

LEONATO
Sea breve, se lo ruego; pues ya ve que para mí es un momento de mucho ajetreo.

DOGBERRY
Pues esto es, señor.

VERGES
Sí, en verdad lo es, señor.

LEONATO
¿Qué es, mis buenos amigos?

DOGBERRY
El buen hombre Verges, señor, habla un poco fuera de tema: es un viejo, señor, y su ingenio no está tan romo como, Dios me ayude, yo desearía que estuviera; pero, a fe mía, honrado como la piel entre sus cejas.

VERGES
Sí, gracias a Dios, soy tan honrado como cualquier hombre vivo que sea viejo y no más honrado que yo.

DOGBERRY
Las comparaciones son olorosas: palabras, vecino Verges.

LEONATO
Vecinos, son ustedes tediosos.

DOGBERRY
A su señoría le place decirlo, pero somos los pobres oficiales del Duque; pero, en verdad, por mi parte, si yo fuera tan tedioso como un rey, podría encontrar en mi corazón dárselo todo a su señoría.

LEONATO
¿Toda tu tediosidad sobre mí? ¿Eh?

DOGBERRY
Sí, aunque fuera mil libras más de lo que es; porque oigo tan buena exclamación sobre su señoría como de cualquier hombre de la ciudad, y aunque soy un pobre hombre, me alegro de oírlo.

VERGES
Y yo también.

LEONATO
Quisiera saber qué tienen que decir.

VERGES
Pues, señor, nuestra ronda de esta noche, exceptuando la presencia de su señoría, ha capturado a un par de bribones tan declarados como cualquiera en Mesina.

DOGBERRY
Un buen viejo, señor; le gusta hablar; como dicen, «cuando entra la edad, sale el ingenio». ¡Dios nos ayude! ¡Es todo un mundo verlo! Bien dicho, a fe mía, vecino Verges: bueno, Dios es un buen hombre; y cuando dos hombres montan un caballo, uno debe ir detrás. Un alma honrada, a fe mía, señor; por mi fe lo es, como el que más haya partido pan; pero a Dios hay que adorarlo: no todos los hombres son iguales; ¡ay!, buen vecino.

LEONATO
En efecto, vecino, él se queda muy corto frente a usted.

DOGBERRY
Dones que Dios da.

LEONATO
Debo dejarlos.

DOGBERRY
Una palabra, señor: nuestra ronda, señor, ha comprendido en verdad a dos personas sospechosas, y querríamos que esta mañana fueran examinadas ante su señoría.

LEONATO
Tome usted mismo su examen y tráigamelo: ahora tengo mucha prisa, como puede parecerle.

DOGBERRY
Será suficiencia.

LEONATO
Beban un poco de vino antes de irse: que les vaya bien.

Entra un Mensajero.

MENSAJERO
Mi señor, lo esperan para que entregue a su hija a su esposo.

LEONATO
Voy a atenderlos: estoy listo.

[Salen Leonato y el Mensajero.]

DOGBERRY
Vaya, buen socio, vaya a buscar a Francisco Seacoal; dígale que traiga su pluma y su tintero a la cárcel: ahora vamos a examinar a estos hombres.

VERGES
Y debemos hacerlo con sabiduría.

DOGBERRY
No escatimaremos ingenio, se lo aseguro; aquí hay algo que llevará a alguno de ellos a un no-viene: solo consiga que el docto escribano ponga por escrito nuestra excomunión y encuéntrese conmigo en la cárcel.

[Salen.]

ACTO CUARTO

ESCENA I. El interior de una iglesia.

Entran Don Pedro, Don Juan, Leonato, Fray Francisco, Claudio, Benedicto, Hero, Beatriz, etc.

LEONATO
Vamos, fray Francisco, sea breve: solo la forma sencilla del matrimonio, y luego les expondrá sus deberes particulares.

FRAILE
¿Viene usted aquí, mi señor, a casarse con esta dama?

CLAUDIO
No.

LEONATO
A casarse con ella, fraile; viene usted a casarse con ella.

FRAILE
Señora, ¿viene usted aquí a casarse con este Conde?

HERO
Sí.

FRAILE
Si alguno de ustedes conoce algún impedimento secreto por el cual no deban unirse, les ordeno, por sus almas, que lo declaren.

CLAUDIO
¿Conoce usted alguno, Hero?

HERO
Ninguno, mi señor.

FRAILE
¿Conoce usted alguno, Conde?

LEONATO
Me atrevo a responder por él: ninguno.

CLAUDIO
¡Oh, qué cosas se atreven a hacer los hombres! ¡Qué pueden hacer! ¡Qué hacen a diario sin saber lo que hacen!

BENEDICTO
¡Cómo! ¿Interjecciones? Pues entonces, algunas son de risa, como ¡ah! ¡ja! ¡je!

CLAUDIO
Apártate, fraile. Padre, con su permiso:
¿me daría usted, con alma libre y sin coacción,
a esta doncella, su hija?

LEONATO
Tan libremente, hijo, como Dios me la dio.

CLAUDIO
¿Y qué tengo yo para devolverle, cuyo valor
pueda contrapesar este rico y precioso don?

DON PEDRO
Nada, a menos que se la devuelva.

CLAUDIO

Dulce Príncipe, usted me enseña noble gratitud.
Tome, Leonato, llévesela de nuevo:
no dé esta naranja podrida a su amigo;
ella no es sino el signo y la apariencia de su honor.
¡Miren! Cómo se sonroja aquí igual que una doncella.
¡Oh, qué autoridad y apariencia de verdad
puede el pecado astuto darse para cubrirse!
¿No viene esa sangre como modesto testimonio
a atestiguar una simple virtud? ¿No jurarían,
todos los que la ven, que es doncella,
por estas apariencias exteriores? Pero no lo es:
conoce el calor de un lecho lujurioso;
su rubor es culpa, no modestia.

LEONATO

¿Qué quiere decir, mi señor?

CLAUDIO

No casarme,
no unir mi alma a una libertina probada.

LEONATO

Querido señor, si usted, por experiencia propia,
ha vencido la resistencia de su juventud
y ha logrado la derrota de su virginidad…

CLAUDIO

Sé lo que va a decir: si la he conocido,
dirá que ella me abrazó como a un marido,
y así atenuará el pecado anticipado. No, Leonato:
nunca la tenté con palabra demasiado libre;
sino que, como un hermano a su hermana, le mostré
pudorosa sinceridad y amor decoroso.

HERO

¿Y alguna vez le parecí otra cosa?

CLAUDIO

¡Fuera contigo! ¡Parecer! Escribiré contra ello:
me pareces como Diana en su esfera,
tan casta como el capullo antes de abrirse;
pero eres más intemperante en tu sangre
que Venus, o que esos animales bien cebados
que se enfurecen en salvaje sensualidad.

HERO

¿Está bien mi señor, que habla tan fuera de lugar?

LEONATO

Dulce Príncipe, ¿por qué no habla usted?

DON PEDRO

¿Qué debería decir?
Quedo deshonrado, yo que me empeñé
en unir a mi querido amigo con una ramera común.

LEONATO

¿Se dicen estas cosas, o solo sueño?

DON JUAN

Señor, se dicen, y estas cosas son verdad.

BENEDICTO

Esto no parece una boda.

HERO

¡Verdad! ¡Oh Dios!

CLAUDIO

Leonato, ¿estoy aquí?
¿Es este el Príncipe? ¿Es este el hermano del Príncipe?
¿Es este el rostro de Hero? ¿Son nuestros nuestros ojos?

LEONATO

Todo eso es así; pero ¿qué con eso, mi señor?

CLAUDIO

Déjeme solo plantear una pregunta a su hija,
y por ese poder paternal y bondadoso
que usted tiene sobre ella, mándele que responda con verdad.

LEONATO

Te ordeno que lo hagas, pues eres mi hija.

HERO

¡Oh, Dios me defienda! ¡Cómo me asedian!
¿Qué clase de catequesis llaman a esto?

CLAUDIO

Hacerte responder con verdad a tu nombre.

HERO

¿No es Hero? ¿Quién puede manchar ese nombre con algún reproche justo?

CLAUDIO

Pues eso puede Hero:
la propia Hero puede borrar la virtud de Hero.
¿Qué hombre fue el que anoche habló contigo
desde tu ventana, entre las doce y la una?
Ahora, si eres doncella, responde a esto.

HERO

No hablé con hombre alguno a esa hora, mi señor.

DON PEDRO

Pues entonces no eres doncella.
Leonato, lamento que deba oírlo: por mi honor,
yo mismo, mi hermano y este afligido Conde
la vimos y la oímos, a esa hora de anoche,
hablar con un rufián en la ventana de su alcoba;
quien, en verdad, como un villano desvergonzado,
confesó los viles encuentros que han tenido
mil veces en secreto.

DON JUAN

¡Vaya, vaya! No se deben nombrar, mi señor,
no se debe hablar de ellos;
no hay castidad suficiente en el lenguaje
para pronunciarlos sin ofender. Así, linda dama,
lamento tu gran descarrío.

CLAUDIO

¡Oh Hero! ¡Qué Hero habrías sido,
si la mitad de tus gracias exteriores
se hubiera puesto en torno a tus pensamientos y
propósitos del corazón!
Pero adiós, la más fea, la más hermosa. ¡Adiós,
pura impiedad e impía pureza!
Por ti cerraré todas las puertas del amor,
y sobre mis párpados colgará la sospecha,
para convertir toda belleza en pensamientos de daño,
y nunca más será amable.

LEONATO

¿No tiene la daga de nadie aquí una punta para mí?

[Hero se desmaya.]

BEATRIZ

Pero ¿qué es esto, prima? ¿Por qué te desplomas?

DON JUAN

Vamos, vámonos. Estas cosas, salidas así a la luz,
le ahogan el ánimo.

[Salen Don Pedro, Don Juan y Claudio.]

BENEDICTO

¿Cómo está la dama?

BEATRIZ

¡Muerta, creo! ¡Ayuda, tío! ¡Hero! ¡Vamos, Hero! ¡Tío!
¡Señor Benedicto! ¡Fraile!

LEONATO

¡Oh Destino! No retires tu mano pesada:
la muerte es la más hermosa cubierta para su
vergüenza
que se pueda desear.

BEATRIZ

¿Qué tal, prima Hero?

FRAILE

Tenga consuelo, señora.

LEONATO

¿Levantas la vista?

FRAILE

Sí; ¿por qué no habría de hacerlo?

LEONATO

¿Que por qué? ¿Acaso no clama vergüenza sobre ella
toda cosa terrenal? ¿Podría ella negar aquí
la historia que está impresa en su sangre?
No vivas, Hero; no abras los ojos;
pues, si pensara que no morirías pronto,
si pensara que tu espíritu era más fuerte que tus vergüenzas,
yo mismo, a la retaguardia de los reproches,
atentaría contra tu vida. ¿Me afligía tener una sola?
¿Reñí por eso contra la mezquina obra de la Naturaleza?
¡Oh, una de más por ti! ¿Por qué tuve una?
¿Por qué fuiste tan amada a mis ojos?
¿Por qué no recogí con mano caritativa
al hijo de un mendigo a mis puertas,
que así manchado y enlodado de infamia
yo hubiera podido decir: «Nada de esto es mío;
esta vergüenza nace de unos lomos desconocidos»?
Pero mía, y mía la quise, y mía la elogié,
y mía de la que me enorgullecía, tan mía
que yo mismo no era mío para mí mismo
al valorarla; pues ella… ¡oh! Ha caído
en un pozo de tinta, tal que el vasto mar
tiene gotas de menos para lavarla de nuevo,
y sal de menos que pueda dar sazón
a su carne inmunda y corrompida.

BENEDICTO

Señor, señor, tenga paciencia.
Por mi parte, estoy tan envuelto en asombro
que no sé qué decir.

BEATRIZ

¡Oh, por mi alma, mi prima es calumniada!

BENEDICTO

Señora, ¿fue usted su compañera de lecho anoche?

BEATRIZ

No, en verdad no; aunque, hasta anoche,
llevo un año siendo su compañera de lecho.

LEONATO

¡Confirmado, confirmado! ¡Oh, eso queda más fuerte
que antes estaba atrancado con costillas de hierro!
¿Mentirían los dos príncipes? ¿Y mentiría Claudio,
que la amaba tanto que, al hablar de su inmundicia,
la lavaba con lágrimas? ¡Fuera de ella! ¡Que muera!

FRAILE

Escúcheme un poco;
pues solo he callado tanto tiempo
y dejado correr este curso de la fortuna
por observar a la dama: he visto
mil apariciones sonrojadas
brotar en su rostro; mil vergüenzas inocentes
con blancura de ángel se llevaban esos rubores;
y en su ojo ha aparecido un fuego
que quemaba los errores que estos príncipes sostienen
contra su verdad de doncella. Llámenme necio;
no confíen en mi lectura ni en mis observaciones,
que con sello de experiencia garantizan
la sustancia de mi libro; no confíen en mi edad,
mi reverencia, mi vocación ni mi teología,
si esta dulce dama no yace aquí inocente
bajo algún error mordaz.

LEONATO

Fraile, no puede ser.
Ves que toda la gracia que le queda
es que no quiere añadir a su condenación
un pecado de perjurio: ella no lo niega.
¿Por qué buscas entonces cubrir con excusa
lo que aparece en su propia desnudez?

FRAILE

Señora, ¿qué hombre es ese del que se le acusa?

HERO

Lo saben los que me acusan; yo no conozco ninguno;
si conozco más de algún hombre vivo
que lo que garantiza la modestia de doncella,
¡que todos mis pecados carezcan de misericordia! ¡Oh,
padre mío!
Pruebe usted que algún hombre conversó conmigo
a horas indebidas, o que anoche
mantuve cambio de palabras con criatura alguna,
recháceme, ódieme, tórtureme hasta la muerte.

FRAILE

Hay algún extraño error de apreciación en los
príncipes.

BENEDICTO

Dos de ellos tienen la verdadera inclinación del honor;
y si su sabiduría ha sido extraviada en esto,
la trama vive en Juan el bastardo,
cuyo ingenio se afana en urdir villanías.

LEONATO

No lo sé. Si solo dicen verdad de ella,
estas manos la despedazarán; si agravian su honor,
el más soberbio de ellos oirá bien de esto.
El tiempo no ha secado aún tanto esta sangre mía,
ni la edad ha devorado tanto mi ingenio,
ni la fortuna ha hecho tal estrago en mis bienes,
ni mi mala vida me ha privado de tantos amigos,
que no hallen, despertados en tal ocasión,
tanto fuerza de miembros como astucia de mente,
capacidad en recursos y selección de amigos
para saldar cuentas con ellos por completo.

FRAILE

Deténgase un momento
y deje que mi consejo lo guíe en este caso.
Su hija aquí fue dejada por muerta por los príncipes;
que sea mantenida en secreto por un tiempo
y publique que está muerta de verdad:
mantenga una ostentación de luto;
y sobre el antiguo monumento de su familia
cuelgue epitafios dolientes y haga todos los ritos
que corresponden a un entierro.

LEONATO

¿Qué será de esto? ¿Qué logrará esto?

FRAILE

Pues bien, esto bien llevado cambiará en su favor
la calumnia en remordimiento; eso ya es algo.
Pero no por eso sueño con este extraño plan,
sino que de esta labor espero un mayor fruto.
Al morir ella —pues así hay que sostenerlo—
en el instante mismo en que fue acusada,
será llorada, compadecida y disculpada
por todo el que la oiga; porque ocurre así:
lo que tenemos no lo apreciamos en su valor
mientras lo gozamos, pero, echado en falta y perdido,
entonces exprimimos su valor, entonces hallamos
la virtud que la posesión no nos mostraba
mientras era nuestro. Así le pasará a Claudio:
cuando oiga que murió por sus palabras,
la idea de su vida se deslizará dulcemente
en el gabinete de su imaginación,
y cada hermoso órgano de su vida
llegará vestido con un ropaje más precioso,
más conmovedor, delicado y lleno de vida,
a la vista y perspectiva de su alma,
que cuando ella vivía de veras: entonces llorará
—si alguna vez tuvo el amor interés en su hígado—
y deseará no haberla acusado así,
no, aunque creyera cierta su acusación.
Que sea así, y no dude de que el éxito
dará al desenlace mejor forma
de la que yo puedo exponer como probable.
Pero si todos los fines menos este resultan errados,
la suposición de la muerte de la dama
apagará el escándalo de su infamia:
y si no sale bien, puede usted ocultarla

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

—como mejor conviene a su reputación herida—
en alguna vida religiosa y retirada,
lejos de todos los ojos, lenguas, mentes e injurias.

BENEDICTO

Señor Leonato, deje que el fraile le aconseje:
y aunque usted sabe que mi intimidad y afecto
son muchos hacia el Príncipe y Claudio,
aun así, por mi honor, actuaré en esto
con tanto secreto y justicia como su alma
debería con su cuerpo.

LEONATO

Estando yo anegado en dolor,
el hilo más fino puede guiarme.

FRAILE

Bien consentido: partamos de inmediato;
pues a llagas extrañas extrañamente se les busca la cura.
Venga, señora, muera para vivir: este día de bodas
quizá solo se prolongue: tenga paciencia y soporte.

[Salen el Fraile, Hero y Leonato.]

BENEDICTO

Señora Beatriz, ¿ha llorado usted todo este rato?

BEATRIZ

Sí, y lloraré un rato más.

BENEDICTO

Yo no lo desearé.

BEATRIZ

No tiene motivo; lo hago libremente.

BENEDICTO
Ciertamente creo que su bella prima ha sido agraviada.

BEATRIZ
¡Ah! Cuánto podría merecer de mí el hombre que la desagraviara.

BENEDICTO
¿Hay algún modo de mostrar tal amistad?

BEATRIZ
Un modo muy llano, pero no tal amigo.

BENEDICTO
¿Puede hacerlo un hombre?

BEATRIZ
Es oficio de hombre, pero no el suyo.

BENEDICTO
No amo nada en el mundo tanto como a usted: ¿no es extraño?

BEATRIZ
Tan extraño como lo que no sé. Igual de posible sería que yo dijera que no amo nada tanto como a usted; pero no me crea, y sin embargo no miento; no confieso nada ni niego nada. Lamento lo de mi prima.

BENEDICTO
Por mi espada, Beatriz, me amas.

BEATRIZ
No jures por ella y te la comas.

BENEDICTO
Juraré por ella que me amas; y haré que se la coma el que diga que yo no te amo.

BEATRIZ
¿No se comerá su palabra?

BENEDICTO
Con ninguna salsa que se pueda idear para ella. Te juro que te amo.

BEATRIZ
Pues entonces, ¡que Dios me perdone!

BENEDICTO
¿Qué ofensa, dulce Beatriz?

BEATRIZ
Me ha detenido en buena hora: estaba a punto de declarar que lo amaba.

BENEDICTO
Hazlo con todo tu corazón.

BEATRIZ
Lo amo con tanto de mi corazón que no queda nada para declararlo.

BENEDICTO
Vamos, pídeme que haga cualquier cosa por ti.

BEATRIZ
Mate a Claudio.

BENEDICTO
¡Ja! Ni por todo el mundo.

BEATRIZ
Me mata usted al negarlo. Adiós.

BENEDICTO
Espera, dulce Beatriz.

BEATRIZ
Ya me fui, aunque estoy aquí: no hay amor en usted: no, se lo ruego, déjeme ir.

BENEDICTO
Beatriz…

BEATRIZ
A fe mía, me voy.

BENEDICTO
Primero seremos amigos.

BEATRIZ
Se atreve más fácilmente a ser amigo mío que a pelear con mi enemigo.

BENEDICTO
¿Es Claudio tu enemigo?

BEATRIZ
¿No está probado hasta lo sumo que es un villano, quien ha calumniado, despreciado, deshonrado a mi parienta? ¡Oh, si yo fuera hombre! ¡Cómo! Entretenerla con esperanzas hasta que lleguen a darse la mano, y entonces, con acusación pública, calumnia descubierta, rencor sin mitigar… ¡Oh Dios, si yo fuera hombre! Le comería el corazón en la plaza del mercado.

BENEDICTO
Escúchame, Beatriz…

BEATRIZ
¡Hablar con un hombre desde una ventana! ¡Qué bonito decir!

BENEDICTO
Pero, Beatriz…

BEATRIZ
¡Dulce Hero! Está agraviada, está calumniada, está perdida.

BENEDICTO
Beat…

BEATRIZ
¡Príncipes y Condes! Sin duda, un testimonio principesco, un lindo Conde Confite; ¡un dulce galán, desde luego! ¡Oh, si yo fuera hombre por su causa, o tuviera algún amigo que fuera hombre por la mía! Pero la hombría se ha derretido en reverencias, el valor en cumplidos, y los hombres se han vuelto pura lengua, y bien arreglada: ahora es valiente como Hércules el que solo cuenta una mentira y la jura. No puedo ser hombre a fuerza de desearlo; por tanto, moriré como mujer, de pena.

BENEDICTO
Espera, buena Beatriz. Por esta mano, te amo.

BEATRIZ
Úsela por mi amor de otro modo que jurando por ella.

BENEDICTO
¿Piensa usted en su alma que el conde Claudio ha agraviado a Hero?

BEATRIZ
Sí, tan seguro como que tengo un pensamiento o un alma.

BENEDICTO
¡Basta! Estoy comprometido, lo retaré. Besaré su mano y así la dejo. Por esta mano, Claudio me rendirá cuentas muy caras. Según oiga de mí, así piense de mí. Vaya, consuele a su prima: debo decir que ha muerto; y así, adiós.

[Salen.]

ESCENA II. Una cárcel.

Entran Dogberry, Verges y el Sacristán, con togas; y la Ronda, con Conrado y Borachio.

DOGBERRY
¿Ha comparecido toda nuestra desamblea?

VERGES
¡Oh! Un taburete y un cojín para el sacristán.

SACRISTÁN
¿Cuáles son los malhechores?

DOGBERRY
Pues, ese soy yo y mi socio.

VERGES
No, eso es seguro: tenemos la exhibición que examinar.

SACRISTÁN
Pero ¿cuáles son los delincuentes que han de ser examinados? Que comparezcan ante el maestro Comisario.

DOGBERRY
Sí, pues, que comparezcan ante mí. ¿Cómo se llama, amigo?

BORACHIO
Borachio.

DOGBERRY
Escriba, por favor, Borachio. ¿Y el suyo, bribón?

CONRADO
Soy un caballero, señor, y me llamo Conrado.

DOGBERRY
Escriba: maestro caballero Conrado. Señores, ¿sirven ustedes a Dios?

AMBOS
Sí, señor, eso esperamos.

DOGBERRY
Escriba que esperan servir a Dios: y escriba primero a Dios; ¡pues Dios no quiera que Dios no vaya delante de tales villanos! Señores, ya está probado que son poco mejores que bribones falsos, y pronto estará cerca de pensarse así. ¿Cómo responden por ustedes mismos?

CONRADO
Pues, señor, decimos que no lo somos.

DOGBERRY
Un tipo maravillosamente ingenioso, se lo aseguro; pero ya me las arreglaré con él. Venga aquí, bribón; una palabra al oído: señor, le digo que se piensa que son bribones falsos.

BORACHIO
Señor, le digo que no lo somos.

DOGBERRY
Bien, háganse a un lado. Ante Dios, los dos cuentan lo mismo. ¿Ha escrito que no lo son?

SACRISTÁN
Maestro Comisario, no va por buen camino para examinar: debe llamar a la ronda, que son sus acusadores.

DOGBERRY
Sí, por cierto, ese es el camino más hábil. Que salga la ronda. Señores, les ordeno, en nombre del Príncipe, que acusen a estos hombres.

PRIMER GUARDIA
Este hombre dijo, señor, que Don Juan, el hermano del Príncipe, era un villano.

DOGBERRY
Escriba: el príncipe Juan, un villano. Vaya, esto es puro perjurio, llamar villano al hermano de un Príncipe.

BORACHIO
Maestro Comisario…

DOGBERRY
Te ruego, amigo, silencio: no me gusta tu aspecto, te lo prometo.

SACRISTÁN
¿Qué más le oyeron decir?

SEGUNDO GUARDIA
Pues, que había recibido mil ducados de Don Juan por acusar injustamente a la señora Hero.

DOGBERRY
Puro allanamiento como el que más se haya cometido.

VERGES
Sí, por la misa, que lo es.

SACRISTÁN
¿Qué más, amigo?

PRIMER GUARDIA
Y que el conde Claudio pensaba, por sus palabras, deshonrar a Hero ante toda la asamblea y no casarse con ella.

DOGBERRY
¡Oh villano! Por esto serás condenado a redención eterna.

SACRISTÁN
¿Qué más?

SEGUNDO GUARDIA
Eso es todo.

SACRISTÁN
Y esto es más, señores, de lo que pueden negar. El príncipe Juan se ha escabullido en secreto esta mañana: Hero fue de este modo acusada, de este modo rechazada y, por el dolor de esto, murió de repente. Maestro Comisario, que estos hombres sean atados y llevados a casa de Leonato: yo iré delante y le mostraré su examen.

[Sale.]

DOGBERRY
Vamos, que sean opinionados.

VERGES
Que sean puestos en manos…

CONRADO
¡Atrás, mentecato!

DOGBERRY

¡Por mi vida! ¿Dónde está el sacristán? ¡Que escriba: el oficial del Príncipe, mentecato! Vamos, átenlos. ¡Bribón malvado!

CONRADO

¡Fuera! Es usted un asno; es usted un asno.

DOGBERRY

¿No sospechas de mi puesto? ¿No sospechas de mis años? ¡Oh, si estuviera aquí el sacristán para escribirme asno! Pero, señores, recuerden que soy un asno; aunque no esté escrito, no olviden que soy un asno. No, villano, estás lleno de piedad, como se probará contra ti con buenos testigos. Soy un hombre sabio; y, lo que es más, oficial; y, lo que es más, padre de familia con casa propia; y, lo que es más, tan buen pedazo de carne como cualquiera en Mesina; y uno que conoce la ley, vaya; y un hombre bastante rico, vaya; y un hombre que ha tenido pérdidas; y uno que tiene dos togas y todo lo decente a su alrededor. Llévenselo. ¡Oh, si me hubieran escrito asno!

[Salen.]

ACTO QUINTO

ESCENA I. Frente a la casa de Leonato.

Entran Leonato y Antonio.

ANTONIO

Si sigues así, te vas a matar;
y no es sabio acompañar así a la pena
contra ti mismo.

LEONATO

Te ruego que ceses tu consejo,
que cae en mis oídos tan inútil
como agua en un cedazo; no me aconsejes;
ni dejes que me deleite en mis oídos consolador alguno,
salvo aquel cuyos agravios se parezcan a los míos:
tráeme un padre que haya querido así a su hija,
cuya alegría por ella esté abatida como la mía,
y dile que hable de paciencia;
mide su duelo a lo largo y ancho del mío,
y que responda a cada punzada con otra igual,
así por así, y tal dolor por tal,
en cada rasgo, rama, forma y figura:
si un hombre así sonríe, y se acaricia la barba;
dice a la tristeza que se menee, grita «ejem» cuando debiera gemir,
remienda la pena con refranes, emborracha la desgracia
con malgastavelas; tráelo ante mí,
y de él sacaré paciencia.
Pero no hay tal hombre; pues, hermano, los hombres
pueden aconsejar y hablar consuelo a esa pena
que ellos mismos no sienten; pero, al probarla,
su consejo se vuelve pasión, aquel que antes
daba medicina de preceptos a la rabia,
encadenaba la locura fuerte con un hilo de seda,
encantaba el dolor con aire y la agonía con palabras.
No, no; es oficio de todos los hombres predicar paciencia
a los que se retuercen bajo la carga del pesar,
pero no virtud ni capacidad de ninguno
el ser tan moral cuando él mismo ha de soportar

lo semejante. Por tanto, no me des consejo:
mis penas gritan más fuerte que el aviso.

ANTONIO

En eso los hombres en nada difieren de los niños.

LEONATO

¡Te ruego que calles! Quiero ser de carne y hueso;
pues jamás hubo aún filósofo
que pudiera soportar el dolor de muelas con paciencia,
por más que hayan escrito en estilo de dioses
y se hayan burlado del azar y del sufrimiento.

ANTONIO

Pero no descargues todo el daño sobre ti mismo;
haz sufrir también a los que te ofenden.

LEONATO

En eso hablas con razón: sí, así lo haré.
Mi alma me dice que Hero ha sido calumniada;
y eso lo sabrá Claudio; y también el Príncipe,
y todos los que así la deshonran.

ANTONIO

Aquí vienen aprisa el Príncipe y Claudio.

Entran Don Pedro y Claudio.

DON PEDRO

Buenas tardes, buenas tardes.

CLAUDIO

Buen día a los dos.

LEONATO

Oigan, mis señores…

DON PEDRO

Tenemos algo de prisa, Leonato.

LEONATO

¡Algo de prisa, mi señor! Bien, pues adiós, mi señor:
¿tan apurados están ahora? Bueno, da igual.

DON PEDRO

No, no riñas con nosotros, buen anciano.

ANTONIO

Si él pudiera hacerse justicia riñendo,
alguno de nosotros quedaría tendido.

CLAUDIO

¿Quién lo agravia?

LEONATO

Por cierto, tú me agravias; tú, farsante.
No, nunca pongas la mano en tu espada;
no te temo.

CLAUDIO

Por cierto, maldita sea mi mano,
si diera a su edad motivo de temor.
A fe mía, mi mano no pensaba nada de mi espada.

LEONATO

¡Bah, bah, hombre! No te burles ni te mofes de mí:
no hablo como un chocho ni como un tonto,
que, amparado en el privilegio de la edad, presuma
de lo que hizo de joven, o de lo que haría
si no fuera viejo. Sabe, Claudio, en tu cara,
que has agraviado tanto a mi hija inocente y a mí
que me veo forzado a dejar a un lado mi respeto,
y, con canas y las magulladuras de muchos días,
te desafío a prueba de hombre a hombre.
Digo que has calumniado a mi hija inocente:
tu calumnia le ha atravesado el corazón de lado a lado,
y yace sepultada con sus antepasados;
¡oh! ¡en una tumba donde jamás durmió la deshonra,
salvo esta suya, forjada por tu villanía!

CLAUDIO

¿Mi villanía?

LEONATO

Tuya, Claudio; tuya, digo.

DON PEDRO

No dice bien, anciano.

LEONATO

Mi señor, mi señor,
lo probaré en su cuerpo, si se atreve,
a pesar de su fina esgrima y su activa práctica,
su mayo de juventud y flor de lozanía.

CLAUDIO

¡Fuera! No quiero tratos con usted.

LEONATO

¿Así puedes desecharme? Has matado a mi hija;
si me matas a mí, muchacho, matarás a un hombre.

ANTONIO

Matará a dos de nosotros, y hombres de verdad:
pero eso no importa; que mate primero a uno:
gáñame y luce mi trofeo; que me responda a mí.
Vamos, sígueme, muchacho; ven, señor muchacho, ven, sígueme.
Señor muchacho, te sacaré a azotes de tu esgrima de estocadas;
no, por mi condición de caballero, lo haré.

LEONATO

Hermano…

ANTONIO

Conténtate. Dios sabe que quise a mi sobrina;
y está muerta, calumniada hasta la muerte por villanos
que se atreven a responder a un hombre de verdad
tanto como yo me atrevería a tomar una serpiente por la lengua.
¡Chiquillos, monos, fanfarrones, mequetrefes, pusilánimes!

LEONATO

Hermano Antonio…

ANTONIO

Quédate tranquilo. ¡Qué, hombre! Los conozco, sí,
y lo que pesan, hasta el último escrúpulo:
muchachos pendencieros, descarados, esclavos de la moda,
que mienten, engañan y se burlan, deprecian y calumnian,
andan con ademanes grotescos, muestran fachada horrenda
y sueltan media docena de palabras peligrosas
sobre cómo podrían herir a sus enemigos, si se atrevieran;
¡y esto es todo!

LEONATO

Pero, hermano Antonio…

ANTONIO

Vamos, no importa:
no te metas, déjame a mí tratar este asunto.

DON PEDRO

Caballeros, no queremos despertar su paciencia.
Mi corazón lamenta la muerte de su hija;
pero, por mi honor, no se la acusó de nada
que no fuera verdad y estuviera lleno de pruebas.

LEONATO

Mi señor, mi señor…

DON PEDRO

No lo escucharé.

LEONATO

¿No? Vamos, hermano, fuera. Seré oído.

ANTONIO

Y lo serás, o alguno de nosotros pagará por ello.

[Salen Leonato y Antonio.]

Entra Benedicto.

DON PEDRO

Miren, miren; aquí viene el hombre que íbamos a buscar.

CLAUDIO

Bien, señor, ¿qué noticias?

BENEDICTO

Buen día, mi señor.

DON PEDRO

Bienvenido, señor: casi llega usted a separar una riña casi.

CLAUDIO

Por poco nos arrancan las narices dos viejos sin dientes.

DON PEDRO

Leonato y su hermano. ¿Qué piensas? Si hubiéramos peleado, me temo que habríamos sido demasiado jóvenes para ellos.

BENEDICTO

En una pelea falsa no hay valor verdadero. Vine a buscarlos a los dos.

CLAUDIO

Hemos andado de arriba abajo buscándote; pues estamos melancólicos de alta graduación y quisiéramos que nos lo quitaran a golpes. ¿Usarás tu ingenio?

BENEDICTO

Está en mi vaina; ¿lo desenvaino?

DON PEDRO
¿Llevas el ingenio al costado?

CLAUDIO
Nadie lo hizo jamás, aunque muchísimos han estado fuera de su ingenio. Te mandaré desenvainar, como a los músicos: desenvaina, para darnos gusto.

DON PEDRO
Por mi honor, se ve pálido. ¿Estás enfermo, o enojado?

CLAUDIO
¡Vamos, ánimo, hombre! Aunque el cuidado mató a un gato, tú tienes temple de sobra para matar al cuidado.

BENEDICTO
Señor, encontraré su ingenio en plena carrera, y usted lo lanza contra mí. Le ruego que escoja otro tema.

CLAUDIO
Pues entonces, dénle otra lanza: esta última se rompió atravesada.

DON PEDRO
Por esta luz, cambia cada vez más: creo que está enojado de veras.

CLAUDIO
Si lo está, sabe cómo dar vuelta a su cinturón.

BENEDICTO
¿Puedo decirle una palabra al oído?

CLAUDIO
¡Dios me libre de un desafío!

BENEDICTO

[Aparte, a Claudio.] Eres un villano, no bromeo: lo sostendré cómo te atrevas, con lo que te atrevas y cuando te atrevas. Hazme justicia, o proclamaré tu cobardía. Has matado a una dulce dama, y su muerte caerá pesada sobre ti. Que tenga noticias tuyas.

CLAUDIO

Bien, me encontraré contigo, con tal de que haya buena comida.

DON PEDRO

¿Qué, un festín, un festín?

CLAUDIO

A fe mía, se lo agradezco; me ha invitado a una cabeza de ternera y un capón, que, si no trincho con suma delicadeza, digan que mi cuchillo no sirve. ¿No habrá también una becada?

BENEDICTO

Señor, su ingenio trota bien; va con holgura.

DON PEDRO

Te contaré cómo alabó Beatriz tu ingenio el otro día. Yo dije que tenías un ingenio fino. «Cierto —dice ella—, un finito.» «No —dije yo—, un gran ingenio.» «Exacto —dijo ella—, uno grande y grueso.» «No —dije yo—, un buen ingenio.» «Justo —dijo ella—, no hace daño a nadie.» «No —dije yo—, el caballero es sabio.» «Seguro —dijo ella—, un caballero sabio.» «No —dije yo—, tiene lenguas.» «Eso lo creo —dijo ella—, porque me juró una cosa el lunes por la noche, que desjuró el martes por la mañana: ahí hay una lengua doble; ahí hay dos lenguas.» Así, durante una hora entera, ella transformó tus virtudes particulares; pero al fin concluyó con un suspiro que eras el hombre más apuesto de Italia.

CLAUDIO

Por lo cual lloró con ganas y dijo que no le importaba.

DON PEDRO

Sí, eso hizo; pero aun así, si no lo odiara a muerte, lo amaría con locura. La hija del viejo nos lo contó todo.

CLAUDIO

Todo, todo; y además, Dios lo vio cuando estaba escondido en el jardín.

DON PEDRO

Pero ¿cuándo pondremos los cuernos del toro salvaje en la cabeza del sensato Benedicto?

CLAUDIO

Sí, y debajo el letrero: «¡Aquí vive Benedicto, el hombre casado!»

BENEDICTO
Adiós, muchacho: ya conoces mi decisión. Los dejo ahora a su humor de comadres; ustedes lanzan bromas como los fanfarrones agitan sus espadas, que, gracias a Dios, no hieren. Mi señor, por sus muchas cortesías le doy las gracias: debo dejar su compañía. Su hermano el bastardo ha huido de Mesina: entre ustedes han matado a una dulce e inocente dama. En cuanto al señor Imberbe aquí presente, él y yo nos veremos; y hasta entonces, la paz sea con él.

[Sale.]

DON PEDRO
Habla en serio.

CLAUDIO
En muy profundo serio; y, se lo aseguro, por amor a Beatriz.

DON PEDRO
¿Y te ha desafiado?

CLAUDIO
Muy sinceramente.

DON PEDRO
¡Qué lindo es el hombre cuando anda en jubón y calzas y deja el ingenio!

CLAUDIO
Entonces es un gigante frente a un mono; pero luego el mono es un doctor frente a tal hombre.

DON PEDRO
Pero, calma, déjenme: ¡ánimo, corazón, y ponte serio! ¿No dijo que mi hermano había huido?

Entran Dogberry, Verges y la Ronda, con Conrado y Borachio.

DOGBERRY
Venga usted, señor: si la justicia no puede domarlo, nunca más pesará más razones en su balanza. No, si resulta usted un hipócrita blasfemo, hay que vigilarlo.

DON PEDRO
¡Cómo! ¡Dos de los hombres de mi hermano atados! ¡Y uno es Borachio!

CLAUDIO
Pregunte por su ofensa, mi señor.

DON PEDRO
Oficiales, ¿qué ofensa han cometido estos hombres?

DOGBERRY
Pues, señor, han cometido falso informe; además, han dicho mentiras; en segundo lugar, son calumniadores; sexto y último, han difamado a una dama; en tercer lugar, han verificado cosas injustas; y para concluir, son bribones mentirosos.

DON PEDRO
Primero, te pregunto qué han hecho; tercero, te pregunto cuál es su ofensa; sexto y último, por qué están presos; y, para concluir, ¿qué les imputas?

CLAUDIO
Razonado con rectitud, y en su propia división; y, por mi fe, hay un sentido bien ajustado.

DON PEDRO
¿A quién han ofendido, señores, para que estén así atados a responder? Este docto alguacil es demasiado ladino para ser entendido. ¿Cuál es su ofensa?

BORACHIO

Dulce Príncipe, no me haga ir más lejos a mi respuesta: escúcheme, y que este Conde me mate. He engañado hasta sus propios ojos: lo que sus sabidurías no pudieron descubrir, estos necios simples lo han sacado a la luz; quienes, de noche, me oyeron confesar a este hombre cómo don Juan, su hermano, me instigó a calumniar a la señora Hero; cómo los llevaron al huerto y me vieron cortejar a Margarita con las ropas de Hero; cómo la deshonraron cuando iban a casarse con ella. Mi villanía la tienen por escrito; que preferiría sellar con mi muerte antes que repetirla para mi vergüenza. La dama está muerta por mi acusación falsa y la de mi amo; y, en suma, no deseo nada sino la recompensa de un villano.

DON PEDRO

¿No corre este discurso como hierro por su sangre?

CLAUDIO

He bebido veneno mientras lo pronunciaba.

DON PEDRO

Pero ¿te instigó mi hermano a esto?

BORACHIO

Sí; y me pagó con largueza por la práctica.

DON PEDRO

Está compuesto y forjado de traición:
y ha huido por esta villanía.

CLAUDIO

¡Dulce Hero! Ahora tu imagen aparece
en el raro semblante en que primero la amé.

DOGBERRY

Vamos, llévense a los querellantes: a esta hora nuestro sacristán ya habrá informado al señor Leonato del asunto. Y, señores, no olviden especificar, cuando tiempo y lugar lo permitan, que soy un asno.

VERGES

Aquí, aquí viene el maestro señor Leonato, y también el sacristán.

Vuelven a entrar Leonato, Antonio y el Sacristán.

LEONATO

¿Cuál es el villano? Déjenme ver sus ojos,
para que, cuando note a otro hombre como él,
pueda evitarlo. ¿Cuál de estos es?

BORACHIO

Si quiere saber quién lo agravió, mírame a mí.

LEONATO

¿Eres tú el esclavo que con tu aliento ha matado
a mi hija inocente?

BORACHIO

Sí, yo solo.

LEONATO

No, no es así, villano; te desmientes a ti mismo:
aquí hay un par de hombres honorables;
un tercero ha huido, que tuvo parte en ello.
Les agradezco, príncipes, la muerte de mi hija:
regístrenla entre sus altas y dignas hazañas.
Fue valientemente hecho, si lo piensan bien.

CLAUDIO

No sé cómo pedirle paciencia;
y sin embargo debo hablar. Escoja usted mismo su venganza;
imponga a mi pecado la penitencia que su ingenio
pueda idear: y sin embargo no pequé
sino por error.

DON PEDRO

Por mi alma, yo tampoco:
y aun así, para satisfacer a este buen anciano,
me doblaría bajo cualquier peso grave
que él me imponga.

LEONATO

No puedo pedirles que hagan vivir a mi hija;
eso sería imposible; pero les ruego a ambos
que informen a la gente de Mesina aquí
de cuán inocente murió; y si su amor
puede esforzarse en alguna triste invención,
cuélguenle un epitafio sobre su tumba,
y cántenlo a sus huesos: cántenlo esta noche.
Mañana por la mañana vengan a mi casa,
y ya que no pudieron ser mi yerno,
sean aún mi sobrino. Mi hermano tiene una hija,
casi la copia de mi hija muerta,
y ella sola es heredera de los dos:
denle el derecho que debieron dar a su prima,
y así muere mi venganza.

CLAUDIO

¡Oh noble señor,
su exceso de bondad me arranca lágrimas!
Acepto su ofrecimiento; y disponga
de aquí en adelante del pobre Claudio.

LEONATO

Mañana entonces esperaré su llegada;
esta noche me despido. A este hombre malvado
se lo confrontará cara a cara con Margarita,
que, creo, fue cómplice en todo este agravio,
contratada para ello por su hermano.

BORACHIO

No, por mi alma, ella no lo fue;
ni supo lo que hacía cuando me habló;
sino que siempre ha sido justa y virtuosa
en todo lo que yo sé de ella.

DOGBERRY

Además, señor —lo cual, por cierto, no está en blanco y negro—, este querellante aquí, el ofensor, me llamó asno: le suplico que se tenga en cuenta en su castigo. Y también, la ronda los oyó hablar de un tal Deforme: dicen que lleva una llave en la oreja y un candado colgando de ella, y pide dinero prestado en nombre de Dios, lo cual ha usado tanto tiempo y nunca ha pagado, que ahora los hombres se han endurecido de corazón y no prestan nada por amor de Dios. Le ruego que lo examine sobre ese punto.

LEONATO

Te agradezco tu cuidado y tu honrado esfuerzo.

DOGBERRY
Su señoría habla como un joven muy agradecido y reverente, y alabo a Dios por usted.

LEONATO
Esto es por tu esfuerzo.

DOGBERRY
¡Dios guarde la fundación!

LEONATO
Ve, te libero de tu prisionero, y te lo agradezco.

DOGBERRY
Dejo un bribón de marca con su señoría; al cual suplico a su señoría que corrija usted mismo, para ejemplo de otros. ¡Dios guarde a su señoría! Le deseo bien a su señoría; ¡que Dios le devuelva la salud! Humildemente le doy licencia para retirarse, y si se puede desear un alegre encuentro, ¡que Dios lo prohíba! Vamos, vecino.

[Salen Dogberry y Verges.]

LEONATO
Hasta mañana por la mañana, señores, adiós.

ANTONIO
Adiós, mis señores: los esperamos mañana.

DON PEDRO
No faltaremos.

CLAUDIO
Esta noche lloraré con Hero.

[Salen Don Pedro y Claudio.]

LEONATO

[A la Ronda.] Traigan a estos sujetos. Hablaremos con Margarita,
cómo se trabó su trato con este hombre lascivo.

[Salen.]

ESCENA II. El jardín de Leonato.

Entran Benedicto y Margarita, encontrándose.

BENEDICTO

Te ruego, dulce señora Margarita, que me hagas el favor de ayudarme a hablar con Beatriz.

MARGARITA

¿Y entonces me escribirá un soneto en alabanza de mi belleza?

BENEDICTO

En un estilo tan elevado, Margarita, que ningún hombre viviente podrá pasar por encima de él; pues, en la más gentil verdad, te lo mereces.

MARGARITA

¡Que ningún hombre pase por encima de mí! Entonces, ¿me quedaré siempre abajo, en la planta baja?

BENEDICTO

Tu ingenio es tan rápido como la boca del galgo: atrapa.

MARGARITA

Y el suyo tan romo como los floretes del esgrimista, que dan en el blanco pero no hieren.

BENEDICTO
Un ingenio muy varonil, Margarita; no herirá a una mujer: y así, te ruego, llama a Beatriz. Te entrego los escudos.

MARGARITA
Entréguenos las espadas, que escudos ya tenemos propios.

BENEDICTO
Si los usan, Margarita, tendrán que enroscarles las puntas con tornillo; y son armas peligrosas para doncellas.

MARGARITA
Bien, le llamaré a Beatriz, que creo que tiene piernas.

BENEDICTO
Y por tanto vendrá.

[Sale Margarita.]

El dios del amor,
que está allá arriba,
y me conoce, y me conoce,
cuán lastimosamente merezco…

Quiero decir, cantando: pero en el amar, Leandro el buen nadador, Troilo el primero en emplear alcahuetes, y todo un libro lleno de estos antiguos caballeros de alfombra, cuyos nombres aún corren suaves por el camino parejo de un verso blanco, pues bien, nunca fueron tan de veras vueltos y revueltos como yo, pobre de mí, enamorado. A fe mía, no puedo mostrarlo en rima; lo he intentado: no hallo rima para «dama» sino «mama», una rima inocente; para «cuerno», «eterno», una rima dura; para «escuela», «abuela», una rima parlanchina; finales muy de mal agüero: no, no nací bajo un planeta rimador, ni sé cortejar con términos de fiesta.

Entra Beatriz.

Dulce Beatriz, ¿vendrías cuando te llamara?

BEATRIZ

Sí, señor; y me iría cuando usted me lo mandara.

BENEDICTO

¡Oh, quédate hasta entonces!

BEATRIZ

«Entonces» está dicho; adiós ahora: y sin embargo, antes de irme, déjeme irme con aquello a lo que vine; que es saber lo que ha pasado entre usted y Claudio.

BENEDICTO

Solo palabras sucias; y a causa de ellas te besaré.

BEATRIZ

Palabras sucias no son sino viento sucio, y viento sucio no es sino aliento sucio, y aliento sucio es nocivo; por tanto me iré sin beso.

BENEDICTO

Has asustado a la palabra hasta sacarla de su sentido recto, tan poderoso es tu ingenio. Pero debo decirte claramente que Claudio tiene mi desafío, y o bien debo saber pronto de él, o lo declararé cobarde. Y, te ruego ahora, dime, ¿por cuál de mis malas partes te enamoraste primero de mí?

BEATRIZ

Por todas juntas; que mantuvieron un estado de maldad tan político que no admiten que ninguna parte buena se mezcle con ellas. Pero ¿por cuál de mis buenas partes empezó usted a sufrir amor por mí?

BENEDICTO
«Sufrir amor», ¡buen epíteto! Sí sufro amor, en verdad, pues te amo contra mi voluntad.

BEATRIZ
A despecho de su corazón, creo. ¡Ay, pobre corazón! Si usted lo desprecia por mi causa, yo lo despreciaré por la suya; pues nunca amaré lo que mi amigo odia.

BENEDICTO
Tú y yo somos demasiado sabios para cortejarnos en paz.

BEATRIZ
No lo parece en esa confesión: no hay un hombre sabio entre veinte que se elogie a sí mismo.

BENEDICTO
Una vieja, una vieja sentencia, Beatriz, que vivió en tiempos de los buenos vecinos. Si un hombre no se erige en esta época su propia tumba antes de morir, no vivirá en monumento más que lo que dura el doblar de las campanas y el llanto de la viuda.

BEATRIZ
¿Y cuánto es eso, cree usted?

BENEDICTO
Pregunta: pues, una hora de clamor y un cuarto de lágrimas: por tanto es lo más conveniente para el sabio —si don Gusano, su conciencia, no halla impedimento en contra— ser la trompeta de sus propias virtudes, como lo soy yo para mí. Basta de elogiarme a mí mismo, que, yo mismo daré testimonio, soy digno de elogio. Y ahora dime, ¿cómo está tu prima?

BEATRIZ
Muy mal.

BENEDICTO
¿Y tú cómo estás?

BEATRIZ
Muy mal también.

BENEDICTO
Sirve a Dios, ámame y mejora. Allí te dejaré también, pues aquí viene alguien con prisa.

Entra Úrsula.

ÚRSULA
Señora, debe venir donde su tío. Allá en casa hay un gran alboroto: se ha probado que mi señora Hero fue falsamente acusada, que el Príncipe y Claudio fueron grandemente engañados; y don Juan es el autor de todo, quien ha huido y se ha ido. ¿Vendrá de inmediato?

BEATRIZ
¿Va a ir a oír estas noticias, señor?

BENEDICTO
Viviré en tu corazón, moriré en tu regazo y seré enterrado en tus ojos; y además iré contigo a casa de tu tío.

[Salen.]

ESCENA III. El interior de una iglesia.

Entran Don Pedro, Claudio y Acompañantes, con música y velas.

CLAUDIO
¿Es este el monumento de Leonato?

UN SEÑOR

Lo es, mi señor.

CLAUDIO

[Lee de un pergamino.]

Epitafio.

Muerta por lenguas calumniosas
fue la Hero que aquí yace:
la Muerte, en pago de sus agravios,
le da una fama que nunca muere.
Así la vida que murió con vergüenza
vive en la muerte con gloriosa fama.
Cuélgate tú ahí sobre la tumba,
alabándola cuando yo esté mudo.
Ahora, música, suena y canta tu solemne himno.

CANCIÓN

Perdona, diosa de la noche,
a los que mataron a tu virgen caballero;
por lo cual, con cantos de duelo,
rodean su tumba.
Medianoche, ayuda a nuestro lamento;
ayúdanos a suspirar y gemir,
pesadamente, pesadamente:
tumbas, ábranse y entreguen a sus muertos,
hasta que la muerte sea proclamada,
pesadamente, pesadamente.

CLAUDIO

¡Ahora, a tus huesos, buenas noches!
Cada año haré este rito.

DON PEDRO

Buenos días, señores: apaguen sus antorchas.
Los lobos han cazado; y miren, el suave día,
ante las ruedas de Febo, por todo alrededor,
va moteando el adormecido Oriente con manchas grises.
Gracias a todos, y déjennos: adiós.

CLAUDIO

Buenos días, señores: cada uno por su camino.

DON PEDRO

Vamos, salgamos de aquí, y pongámonos otros atuendos;
y luego iremos a casa de Leonato.

CLAUDIO

¡Y que Himeneo nos conduzca ahora con más feliz desenlace
que este por quien rendimos tanto lamento!

[Salen.]

ESCENA IV. Una sala en casa de Leonato.

Entran Leonato, Antonio, Benedicto, Beatriz, Margarita, Úrsula, Fray Francisco y Hero.

FRAILE

¿No les dije que era inocente?

LEONATO

Y así lo son el Príncipe y Claudio, que la acusaron
por el error que ustedes oyeron discutir:
pero Margarita tuvo cierta culpa en esto,
aunque contra su voluntad, como aparece
en el curso verdadero de toda la cuestión.

ANTONIO

Bien, me alegro de que todo salga tan bien.

BENEDICTO

Y yo también, pues de otro modo la fe me obligaba
a pedir cuentas por ello al joven Claudio.

LEONATO

Bien, hija, y todas ustedes, damas,
retírense a una alcoba por su cuenta,
y cuando las mande llamar, vengan aquí enmascaradas:
el Príncipe y Claudio prometieron a esta hora
visitarme.

[Salen las damas.]

Conoce su oficio, hermano;
debe ser padre de la hija de su hermano,
y dársela al joven Claudio.

ANTONIO

Lo cual haré con rostro firme.

BENEDICTO

Fraile, creo que debo solicitar su esfuerzo.

FRAILE

¿Para hacer qué, señor?

BENEDICTO

Para atarme, o deshacerme; una de las dos.
Señor Leonato, es verdad, buen señor,
su sobrina me mira con ojo de favor.

LEONATO

Ese ojo se lo prestó mi hija. Es muy cierto.

BENEDICTO

Y yo con ojo de amor le correspondo.

LEONATO

La vista de lo cual, creo, la tuvo usted de mí,
de Claudio y del Príncipe. Pero ¿cuál es su deseo?

BENEDICTO

Su respuesta, señor, es enigmática:
pero, en cuanto a mi deseo, mi deseo es que su buena voluntad
pueda estar con la nuestra, para que hoy seamos unidos
en el estado del honorable matrimonio:
en lo cual, buen fraile, desearé su ayuda.

LEONATO

Mi corazón está con su gusto.

FRAILE

Y mi ayuda. Aquí vienen el Príncipe y Claudio.

Entran Don Pedro y Claudio, con Acompañantes.

DON PEDRO

Buenos días a esta bella asamblea.

LEONATO

Buenos días, Príncipe; buenos días, Claudio:
aquí los esperamos. ¿Siguen decididos
a casarse hoy con la hija de mi hermano?

CLAUDIO

Mantendré mi decisión, aunque fuera una etíope.

LEONATO

Llámala, hermano: aquí está el fraile listo.

[Sale Antonio.]

DON PEDRO

Buenos días, Benedicto. Pero ¿qué pasa,
que tienes un rostro tan de febrero,
tan lleno de escarcha, de tormenta y de nubosidad?

CLAUDIO

Creo que piensa en el toro salvaje.
¡Bah! No temas, hombre, doraremos las puntas de tus cuernos,
y toda Europa se alegrará de ti,
como una vez Europa se alegró con el vigoroso Jove,
cuando quiso hacer de noble bestia en el amor.

BENEDICTO

El toro Júpiter, señor, tuvo un mugido amable:
y algún extraño toro así saltó sobre la vaca de su padre,
y engendró un ternero en esa misma noble hazaña,
muy parecido a usted, pues tiene justo su balido.

CLAUDIO

Por esto le debo una: aquí vienen otras cuentas.

Vuelve a entrar Antonio, con las damas enmascaradas.

¿Cuál es la dama de la que debo apoderarme?

ANTONIO

Esta misma es, y yo se la entrego.

CLAUDIO

Pues entonces es mía. Dulce, déjeme ver su rostro.

LEONATO

No, eso no lo hará, hasta que tome su mano
ante este fraile y jure casarse con ella.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CLAUDIO

Deme su mano: ante este santo fraile,
soy su marido, si me acepta.

HERO

Y cuando yo vivía, fui su otra esposa:

[Quitándose la máscara.]

y cuando usted amaba, fue mi otro marido.

CLAUDIO

¡Otra Hero!

HERO

Nada más cierto:
una Hero murió mancillada, pero yo vivo,
y tan seguro como que vivo, soy doncella.

DON PEDRO

¡La Hero de antes! ¡Hero, la que está muerta!

LEONATO

Murió, mi señor, mientras vivió su calumnia.

FRAILE

Todo este asombro puedo atenuar:
cuando, después, los santos ritos hayan terminado,
les contaré largamente la muerte de la bella Hero:
mientras tanto, que el asombro parezca familiar,
y vayamos de inmediato a la capilla.

BENEDICTO

Con calma y buenas maneras, fraile. ¿Cuál es Beatriz?

BEATRIZ

[Quitándose la máscara.]

Respondo a ese nombre. ¿Cuál es su deseo?

BENEDICTO
¿No me amas?

BEATRIZ
Pues no; no más de lo razonable.

BENEDICTO
Pues entonces su tío, el Príncipe y Claudio han sido engañados; porque juraron que sí.

BEATRIZ
¿No me ama usted?

BENEDICTO
A fe mía, no; no más de lo razonable.

BEATRIZ
Pues entonces mi prima, Margarita y Úrsula están muy engañadas; porque juraron que sí.

BENEDICTO
Juraron que usted casi estaba enferma por mí.

BEATRIZ
Juraron que usted casi estaba muerto por mí.

BENEDICTO
No es para tanto. ¿Entonces no me ama?

BEATRIZ
No, de verdad, sino en amistosa correspondencia.

LEONATO
Vamos, sobrina, estoy seguro de que ama usted al caballero.

CLAUDIO

Y juraré sobre ello que él la ama;
pues aquí hay un papel escrito de su mano,
un soneto cojo de su puro cerebro,
compuesto para Beatriz.

HERO

Y aquí hay otro,
escrito de la mano de mi prima, robado de su bolsillo,
que contiene su afecto por Benedicto.

BENEDICTO

¡Un milagro! Aquí están nuestras propias manos contra nuestros corazones. Vamos, te tendré; pero, por esta luz, te tomo por lástima.

BEATRIZ

No quería negarme; pero, por este buen día, cedo ante gran persuasión, y en parte para salvarle la vida, pues me dijeron que estaba usted tísico.

BENEDICTO

¡Calla! Te cerraré la boca. *[La besa.]*

DON PEDRO

¿Cómo estás, Benedicto, el hombre casado?

BENEDICTO
Te diré qué, Príncipe: un colegio de ingeniosos no puede burlarse de mí hasta sacarme de mi humor. ¿Piensas que me importa una sátira o un epigrama? No; si el hombre quiere ser apaleado con ingenio, no llevará nada bonito encima. En resumen, ya que me propongo casarme, no pensaré nada de provecho en lo que el mundo pueda decir contra ello; y por tanto nunca te burles de mí por lo que he dicho contra ello, pues el hombre es cosa veleidosa, y esta es mi conclusión. En cuanto a ti, Claudio, pensaba apalearte; pero, ya que estás por ser mi pariente, vive sin magulladuras y ama a mi prima.

CLAUDIO
Bien esperaba yo que hubieras rechazado a Beatriz, para poder sacudirte a palos fuera de tu vida de soltero y hacerte un hombre de doble cara; lo cual, sin duda, serás, si mi prima no te vigila muy de cerca.

BENEDICTO
Vamos, vamos, somos amigos. Bailemos antes de casarnos, para aligerar nuestros propios corazones y los talones de nuestras esposas.

LEONATO
Bailaremos después.

BENEDICTO
Primero, palabra de honor; ¡por tanto toca, música! Príncipe, estás triste; consíguete una esposa, consíguete una esposa: no hay bastón más respetable que uno rematado en cuerno.

Entra un Mensajero.

MENSAJERO

Mi señor, su hermano Juan ha sido capturado en su huida,
y traído de vuelta a Mesina con hombres armados.

BENEDICTO

No pienses en él hasta mañana: te idearé hermosos castigos para él. ¡Toquen, gaiteros!

[Baile. Salen.]

Notas de la traducción

El título. *Much Ado About Nothing* significa literalmente «mucho alboroto por nada»; en español se conoce tradicionalmente como *Mucho ruido y pocas nueces*. Además, en inglés isabelino «nothing» (nada) sonaba casi igual que «noting» (observar, tomar nota, espiar), y la obra juega con esa idea: todos escuchan y malinterpretan lo que "notan". En español ese juego se pierde en el título, pero se conserva en parte en las líneas de Benedicto y Baltasar sobre las «notas» en el Acto II, escena III («notas, notas, en verdad, y nada»).

Dogberry y Verges. Dogberry usa constantemente palabras equivocadas que suenan parecidas a las correctas (en inglés, *malapropisms*). En la traducción se buscó el mismo efecto con deformaciones y confusiones propias del español; por ejemplo, «sospichosas» (por «sospechosas»; en inglés, *aspicious*), «desamblea» (por «asamblea»), «opinionados» (el original dice *opinioned* en lugar de *pinioned*, «atados»), «condenado a redención eterna» (el original dice *everlasting redemption*, en lugar de condenación) y «excomunión», que figura tal cual en el original (*excommunication*) donde él quiere decir otra cosa. Las equivalencias son aproximadas: no siempre es posible mantener la misma palabra equivocada en los dos idiomas.

Juegos de palabras sexuales y de cuernos. Gran parte del humor entre Benedicto, Beatriz y Margarita depende de dobles sentidos (por ejemplo, «*come over*», «pasar por encima», o los escudos y las puntas de las espadas en el Acto V, escena II). Se tradujeron de forma que mantengan el doble sentido cuando el español lo permite. Las referencias a los «cuernos» (símbolo del marido engañado) se mantienen tal

cual: es un tema central del texto.

Las rimas de Benedicto (Acto V, escena II). En el original, Benedicto se queja de que solo encuentra rimas como «lady/baby», «scorn/horn» y «school/fool». Como esas rimas no existen en español, se sustituyeron por rimas equivalentes en español («dama/mama», «cuerno/eterno», «escuela/abuela»), conservando la idea de rimas pobres e inocentes, duras y parlanchinas.

Verso y prosa. Shakespeare usa prosa para los personajes cómicos y las bromas, y verso para los pasajes solemnes. Se respetó esa distinción: lo que en el original es verso se imprime en líneas separadas aquí (sin rima forzada cuando el original no la tiene), y lo que es prosa, en párrafos.

Lenguaje del siglo XVI. El original contiene expresiones y supuestos propios de su época sobre la honra de la mujer, la virginidad y la religión; se tradujeron con fidelidad, sin suavizarlos ni modernizarlos, incluida la breve alusión de Don Juan a ser “un judío” en el Acto II, escena III, que se mantiene tal como figura en el texto.



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Mucho ruido y pocas nueces, de William Shakespeare

leythra.com